

LUIS B. LAPORTE

HOMENAJES A SU MEMORIA

ROSARIO

1955

12
-6

LUIS B. LAPORTE

HOMENAJES A SU MEMORIA



ROSARIO

1955

08 0

LINA B. LAPORTE

ROMANIA A JU MONTANA

ROMANIA

1922

ÍNDICE

	Pág.
<i>Prólogo</i>	7
<i>Nota de agradecimiento de la familia del Ing. Luis B. Laporte</i>	9
<i>Discursos al descubrirse el busto y una placa, en la "Biblioteca Ing. Luis B. Laporte", el 24 de Octubre de 1952</i>	
— Del Ing. Raúl Zapata, Presidente de la Comisión de Homenaje	13
— Del Ing. Luciano Micheletti, Decano de la Facultad de Ciencias Matemáticas.....	21
— Del Agr. Pablo P. J. Giachello, Director Interino de la Escuela Industrial Superior de la Nación "Gral. José de San Martín" ..	25
— Del Arq. Antonio J. Pasquale, ex-alumno de la Facultad y Escuela	31
— "Romance a Luis Bernardo Laporte" de la prof. Beatriz P. Sáenz de Castiglioni, recitado por el alumno Gualberto Venesia..	39
<i>Discursos al descubrirse una placa en la intersección de las calles "Ing. Luis B. Laporte" y "Martín Fierro" en el Barrio Celedonio Escalada, el 4 de Julio de 1953</i>	
— Del Ing. Rodolfo L. Dezorzi, Vicedecano en ejercicio del Decanato de la Facultad de Ciencias Matemáticas.....	45
— Del Ing. Ángel Guido, Vocal de la Comisión de Homenaje....	47

	Pág.
<i>Discursos al trasladarse los restos del Ing. Luis B. Laporte al mausoleo construido en el Cementerio del Salvador, el 12 de Mayo de 1955</i>	
— Del Ing. León Miglierini, Vicedecano de la Facultad de Ciencias Matemáticas	53
— Del Ing. Delfo U. Locatelli Vicedirector en ejercicio de la Dirección de la Escuela Industrial Superior de la Nación "Gral. José de San Martín"	57
— Del Ing. Pedro J. Cristiá en nombre de las Instituciones.....	61
— Del Capitán de Fragata, Carlos F. Rufino, en nombre de los amigos	63
— Del Ing. Carlos Isella, en nombre de la Asociación de Ex-alumnos de la Escuela Industrial Superior de la Nación, "Gral. José de San Martín"	65
— Del Cont. E. Osvaldo Fonso, Secretario de la Comisión de Homenaje	69
 <i>Luis Bernardo Laporte</i>	
SU VIDA Y SU OBRA	
Apuntes biográficos por E. Osvaldo Fonso.....	73

PROLOGO

Cuando el acompañamiento angustiado conducía los restos del Ing. Luis B. Laporte, cuatro profesores de la Escuela Industrial Superior de la Nación "Gral. José de San Martín": Arqt. Juan B. Cautero, Cont. E. Osvaldo Fonso, Arqt. Jorge Tavernier e Ing. Raúl Zapata, convinieron reunirse al día siguiente con otros colegas para honrar la memoria del maestro.

Además de los nombrados, asistieron a esa reunión los profesores Ings. Félix A. Brindisi y Luciano Micheletti.

Fué así cómo la desaparición del ilustre argentino, aunó rápidamente voluntades y al reducido núcleo, bien pronto se sumaron los componentes de las actividades más diversas de nuestra ciudad.

La Comisión que designó la Asamblea realizada en la Facultad de Ciencias Matemáticas pudo, con tal apoyo, concretar los siguientes homenajes que perpetuarán el recuerdo del esclarecido ciudadano para ejemplo de las generaciones:

—Del Superior Gobierno de Santa Fe, mediante el Decreto N° 09420, fechado el 4 de Julio de 1951 y por el que se asigna el nombre de "Ingeniero Luis B. Laporte" al Instituto Politécnico de Capacitación Obrera, creado en la ciudad de Rosario.

—De la Facultad de Ciencias Matemáticas de la Universidad Nacional del Litoral, mediante la Resolución N° 1259/51, fechada el 11 de Setiembre de 1951 y por la que se designa la Biblioteca de la Facultad y de la Escuela Industrial anexa, con el nombre de Biblioteca “Ing. Luis B. Laporte”, y se autoriza el emplazamiento de su busto.

—De la Municipalidad de Rosario, mediante el Decreto N° 2321, fechado el 23 de Noviembre de 1951 por el que se dona a la Comisión de Homenaje a la Memoria del Ing. Luis B. Laporte, un lote de terreno en el Cementerio del Salvador, “en el que se emplazará “ el mausoleo donde se depositarán los restos del eminente maestro “ recientemente desaparecido”.

—De la Municipalidad de Rosario, mediante la Ordenanza número 893, de fecha 16 de Mayo de 1952, por la que se designa con el nombre de “Ingeniero Luis B. Laporte” una de las calles del barrio “Celedonio Escalada”.

—Del Superior Gobierno de Santa Fe, de instituciones, profesores, discípulos y amigos del maestro desaparecido, mediante cuya contribución se levantó el mausoleo que guarda los restos del Ing. Luis B. Laporte, en el Cementerio del Salvador.

Con el saldo de los fondos recaudados, ha creído oportuno hacer esta publicación para recopilar en ella los conceptos que mereció el Ing. Laporte, lamentando que el reducido monto no haya permitido incluir en la misma el texto de resoluciones y notas en las que se destacan también las cualidades que distinguieron al que fué y sigue siendo paradigma de la juventud.

La Comisión de Homenaje

Rosario, 12 de junio de 1955

Sr. Presidente de la Comisión de Homenaje a la Memoria
del Ing. Luis B. Laporte
Ing. Raúl Zapata
Avda. Pellegrini 250
Rosario

Tengo el agrado de dirigirme a Ud. en nombre propio y de mis hermanas Adela Lina e Ileana Julia, para hacerle llegar a Ud. y demás miembros de esa Comisión nuestro profundo agradecimiento por su infatigable labor en homenaje a la memoria de nuestro inolvidable padre y nuestras felicitaciones por el brillante éxito de los actos efectuados y la realización del hermoso mausoleo en que descansan sus restos mortales.

Ruégole haga extensivo nuestro reconocimiento a los autores del mausoleo y del busto, a los oradores que con sentida palabra nos trajeron su emoción en los actos realizados en 1952 en la Facultad al descubrirse el busto en la Biblioteca, en 1953 al colocarse la placa en la calle que lleva el nombre de nuestro padre, el mes pasado al realizarse el traslado de los restos y en el momento del sepelio y a las autoridades provinciales y municipales, de la Facultad de Ciencias Matemáticas y de la Escuela Industrial y demás personas que han colaborado con esa Comisión en la realización de tantos inolvidables actos.

Reiterándole la firmeza de nuestro agradecimiento, lo saludo con mi mayor consideración y quedo sinceramente, servidor suyo.

Luis Pedro Laporte

Discursos pronunciados al
descubrirse el busto y una pla-
ca, en la Biblioteca "Ing. Luis
B. Laporte", el 24 de Octubre
de 1952

DISCURSO
del Ing. RAÚL ZAPATA
Presidente de la Comisión de Homenaje

Hace año y medio que la ciudad de Rosario perdía a uno de los más destacados forjadores de su progreso espiritual y cultural, así como lo fuera de su desarrollo material. Si bien el Ing. Luis Bernardo Laporte nació en la ciudad de Buenos Aires, volcó en la nuestra la dinámica de sus inquietudes constructivas. Es aquí donde entronca su apellido y deja la simiente de un hogar multiplicado hoy día, que se inspira con orgullo en las virtudes de su fundador.

Es el justiciero reconocimiento de tales virtudes que han querido exaltar el profesorado y el personal de la Facultad de Ciencias Matemáticas y de la Escuela Industrial Superior anexa, con el homenaje que hoy se rinde a su memoria.

Laporte se modeló a sí mismo, venciendo las adversidades que le opuso el medio, y en ese empeño demostró las relevantes condiciones de que estaba dotado. No fué por cierto, la que con menor temple perfilara su personalidad, y que, galvanizando su voluntad, hiciera de ella un admirable e indomable instrumento de labor que persiguió sin desmayo, obsecadamente, la consecución de los objetivos que se señalara. Es que Laporte era una voluntad pues-

ta al servicio de una rara clarividencia, que la Nación y la ciudad aprovecharon en obras que ellas por sí solas perpetuarán el nombre del que vació en su ejecución, lo mejor de su inteligencia y de sus conocimientos. Reconociendo en las arterias fluídas los medios ideales de irrigación de la riqueza y del robustecimiento de la economía de una nación, se consagró con eficiencia y disciplina, como técnico especializado en puertos y canales, en los trabajos emprendidos en el Puerto Nuevo de San Nicolás y en el de Rosario, sin mencionar las comisiones de estudios en que, con gran capacidad, participara. Con la misma patriótica inquietud que aguzaba su visión del futuro, dedicó sus afanes al estudio del problema de la habitación barata, en que revela otra de sus ejemplares cualidades: su honda preocupación por el bienestar social de las clases trabajadoras. Comprende que no es posible predicar decencia, moral, amor a las instituciones democráticas, allí donde la miseria, el dolor y la enfermedad se cobijan en promiscuos albergues carentes del más leve asomo de higiene y de independencia, y propugna con el calor de sus profundas convicciones sociales, la urgencia de promover los recursos indispensables para dotar a las poblaciones laboriosas de viviendas higiénicas y económicas. Ese noble espíritu generoso y desinteresado se hace igualmente evidente en la amplia y decidida colaboración que presta a la Sociedad Protectora de la Infancia Desvalida, al Hospital de Caridad, y a otras instituciones de beneficencia y sociales, en las que vemos destacarse al ciudadano, propulsor y de arraigada fe en el rol que juegan las entidades que surgen como expresión de la más alta solidaridad humana o como vehículo de una sana convivencia social.

Pero es en el campo de la enseñanza en el que se ponen de notorio relieve sus dotes de organizador y oteador del porvenir. Al frente de la Escuela Industrial que hacía poco se fundara, se propone convertirla en fragua y yunque que modele la pléyade de técnicos que el desenvolvimiento industrial de la región reclamará, y con incansable tesón va cimentándola y jerarquizándola, sin desfallecer ante los sucesivos obstáculos que se oponen a la ejecución de la tarea. No era Laporte hombre que se arredraba en el empeño

perseguido. Adelantándose a los tiempos advierte que la natural ampliación de las actividades comerciales hacia nuevas metas productoras, exigirá capacidades especializadas y al través del plantel que se encomendara a su experta dirección, cada año va poniendo a disposición de la iniciativa de los hombres de empresa, mayor número de eficientes colaboradores que son con el correr de los lustros, los verdaderos estructuradores de la prosperidad industrial de la Provincia y de la República. Y en este orden, Laporte se levanta ante la consideración y el respeto de sus conciudadanos como un grande argentino. Se adelantó al progreso material y preparó los elementos intelectuales que le iban a ser necesarios. Es así que entre mecánicos, electrotécnicos, constructores y químicos, la Escuela Industrial ha entregado en sus 45 años de vida, más de dos mil expertos útiles que hoy laboran en las distintas manifestaciones de la artesanía y de la manufactura nacionales.

Más en realidad, al impulsar y perseverar en la importancia de esta enseñanza, Laporte sentó los sillares del moderno parque industrial rosarino que en 1947 contaba ya con algo más de diez mil establecimientos. Es decir que la fuente de recursos de Rosario proveniente en las primeras décadas del siglo esencialmente del intercambio de productos, se diversificó apoyándose en adelante en su propia productividad. Puede decirse por tanto, que el aporte de este rosarino de adopción, por conducto de la Escuela Industrial primero y de la Facultad de Ingeniería después, ha sido sencillamente básico. Porque el Ingeniero Laporte, en su tesitura científica, no podía satisfacerse con un único instrumento de culturalización técnica. Y proclamó y defendió sin desfallecimiento y doblegando cuanto inconveniente le surgía al paso, la indiscutible urgencia de complementar la obra iniciada en la Escuela, con la creación de la Facultad que permitiría el perfeccionamiento de sus estudios a los alumnos egresados de aquella y constituiría al propio tiempo, el centro de irradiación de un cielo de cultura superior de la ciudad. Cuando al cabo de doce años de paciente persistencia, vio concretarse su ideal en la naciente Facultad de Ciencias Matemáticas, cuidó de que la contribución de este nuevo Instituto Universi-

tario no se restringiera a la formación de cerebros adoctrinados en las frías disciplinas del saber humano. Quiso que de sus aulas salieran seres humanamente capacitados para el mejor desempeño de las funciones directivas que la sociedad les encomendaría. La Facultad cumplía así, bajo su inteligente conducción, el elevado propósito que le es intrínseco, al plasmar individualidades capaces de concurrir eficientemente con sus conocimientos y con comprensivo espíritu a la evolución de las relaciones entre capital y trabajo, aproximando estos dos factores fundamentales de la estructura económica y mancomunándolos en la tarea productiva. Mentalidad imbuída de un sano socialismo constructivo alertó a las nuevas generaciones ante el delicado desdoblamiento de responsabilidades —técnicas y sociales— que recaerían en sus hombros, previniendo la causa de innecesarios conflictos del trabajo. A esa sabia escuela el país debe 1657 ingenieros, arquitectos y agrimensores, a muchos de los cuales les ha reconocido su eficiente participación en la obra de la grandeza y superación colectivas.

Pero yendo aún más lejos, dió muestras de un extraordinario sentido realista al reclamar que los alumnos vivieran, como decía el propio Laporte, "en la enseñanza práctica que se imparte en los talleres, todo el carácter eminentemente industrial que debe caracterizarla, dando a aquella una organización administrativa y económica que se aproxime en lo posible a la de la industria privada". Este admirable criterio pragmático de que procura rodear la preparación teórica del educando, encuentra su consagración oficial e internacional sólo muchos años más tarde, en las recomendaciones que adopta la Comisión de Estudios de la Enseñanza Vocacional y Profesional de la Oficina Internacional del Trabajo. Véanse esas recomendaciones llevadas al examen y aprobación de los gobiernos miembros de esa gran organización mundial y compárenselas con las directivas que inspiran la formación superior de nuestros egresados de la Universidad técnica rosarina, y se admitirá entonces, sin reticencias, que, el respeto y la admiración que suscita la orientación educativa del Ing. Laporte, son manifestaciones legítimas de una sociedad que sabe rendir tributo de reconocimiento a quien

mucho le dió en el lapso de una existencia fecunda y grávida de enseñanzas previsoras y patrióticas. Es lo que hemos tratado de hacer glosando, en una síntesis sumamente esquemática, los caracteres sobresalientes de esa ejemplar personalidad que fué el Ingeniero Luis B. Laporte, caracteres que han quedado impresos no sólo en los que tuvieron el privilegio de graduarse bajo su sagaz conducción de maestro, sino de cuantos de lejos o de cerca, gozaron de su trato atrayente y cordial. Sin pretender constituirnos en autorizados intérpretes del sentimiento con que nuestra ciudad vió desaparecer a ese forjador de ciudadanos aprovechados a la par que abnegados, apenas deseamos con este homenaje mantener viva en la memoria de las futuras generaciones al arquetipo del verdadero maestro, que luchó por dar un techo digno a quienes deseaban convertirse en factores eficientes del progreso humano y que, señaló con su limpia conducta pública y privada, una ruta cimera a los que pretenden tener como aspiración el servicio del bien público.

Es por lo tanto, con honda satisfacción a la vez que con profunda emoción y respeto que llevamos a cabo este acto, cuya realización ha sido posible al haber accedido las autoridades de la Universidad Nacional del Litoral, al pedido de la Comisión, dictando la justiciera resolución que distingue con el nombre de INGENIERO LUIS B. LAPORTE la biblioteca de la Facultad de Ingeniería y Escuela anexa, y autoriza que el ambiente de esta Casa de Estudios sea honrado con la efigie de tan digno maestro de la juventud. La Comisión que presido deja pública constancia de su agradecimiento por este elevado gesto.

Considero también un deber agradecer en nombre de la Comisión, al ex-Gobernador de la Provincia Ing. Juan H. Caesar, por el destacado y significativo homenaje que ha tributado a este insigne maestro, designando con su nombre el Instituto Politécnico de Capacitación Obrera a construirse en la zona Norte de la ciudad.

Y, dado que la actuación del Ing. Laporte no sólo alcanzó brillantes relieves en el campo de la educación, sino también como ciudadano patriota, como un rosarino de corazón, que prodigó sus nobles sentimientos y su aquilatada inteligencia en beneficio de la

patria, de la ciudad y de sus instituciones en tantas obras, formas y oportunidades, debo asimismo, dejar constancia que la Intendencia Municipal de Rosario, en la persona del Dr. José Lo Valvo, y su Concejo Deliberante presidido por el Sr. Salvador Diez Mori, no han vacilado en acceder a las solicitudes de esta Comisión de Homenaje, dando a una de las calles de nuestra ciudad el nombre del Ingeniero Luis B. Laporte, a más de donar un terreno en el Cementerio San Salvador, para construir el panteón que guardará sus restos, perpetuará su memoria para ejemplo imperecedero y será un exponente de la gratitud de todos aquellos que se han beneficiado con su preclaro talento, con sus consejos o con su asistencia técnica y profesional. Tal panteón se proyecta por un grupo de profesores de esta Facultad y de su Escuela anexa y será construído gracias al aporte voluntario y generoso del Gobierno de la Provincia, de nuestras principales instituciones privadas, colegas, ex-discípulos, estudiantes y amigos, por lo que es dable afirmar que este monumento tendrá realidad a corto plazo.

No sería justo dejar de hacer llegar nuestro vivo reconocimiento al Sr. Director de esta Escuela, Ing. José S. Cardarelli, al Director interino, Agrimensor Pablo J. Giachello, al Jefe de sus Talleres, Técnico Antonio Rezoagli y a todo su personal por su valiosa colaboración en la ejecución de la placa de bronce y pedestal que sustenta el busto que acabamos de descubrir; especial mención corresponde hacer del escultor don José Gerbino, autor y donante del mismo, que es todo un acierto de parecido y expresión; y no podríamos olvidar al secretario de nuestra Comisión, Profesor E. Osvaldo Fonso, que con incomparable perseverancia, capacidad y atildado lenguaje ha condensado en breves páginas la ejemplar y dinámica vida del Ing. Luis B. Laporte. Y con particular agrado destaco la labor de la prensa y de las emisoras locales que haciéndose eco de las aspiraciones de la Comisión, difundieron con inteligencia la por tantos títulos justamente ensalzada trayectoria del Ingeniero Laporte.

Señoras y Señores:

El Maestro cuyo nombre nos honramos en perpetuar, vuelve a estar con nosotros para decirnos en cada jornada, que el estudio, el trabajo, la constancia y la recta línea de conducta, son las virtudes que debemos cultivar para que la humanidad alcance sus mejores destinos.

DISCURSO

del Ing. **LUCIANO E. MICHELETTI**

Decano de la Facultad de Ciencias Matemáticas

Es para mí un insigne honor recibir en mi carácter de Decano de la Facultad de Ciencias Matemáticas el busto del eminente educador Ingeniero Luis B. Laporte, destinado a la Biblioteca común de la Facultad y Escuela anexa que llevará su nombre, que nos entrega la Comisión encargada de materializar los homenajes dedicados a su venerada memoria.

Pocas veces se rinde un homenaje tan justiciero como el presente, porque el Ingeniero Laporte como organizador, Director y Profesor de la Escuela Industrial y como primer gestor Profesor y Decano de la Facultad de Ciencias Matemáticas, ha dejado impresos en ambos institutos los rasgos inconfundibles de su carácter, de su límpida conducta y de su excepcional inteligencia.

Tuvo la visión certera del porvenir de su patria y una inmovible fe en la capacidad de la juventud para labrar con éxito y firmeza ese porvenir. Desde principios de 1909 en que fué nombrado Director de la Escuela Industrial se empeñó con toda su ardiente voluntad, que no conocía obstáculos, en formar el potencial humano para la capacitación técnica, que el futuro desarrollo industrial del país, que él preveía, necesitaba con urgencia. Su pa-

triótico anhelo de que nuestra incipiente industria tuviera en los jóvenes argentinos sus dirigentes, sus técnicos, jefes de taller, capataces y contra maestres, tenía la doble finalidad de liberar a la patria de la ingerencia, ineludible en ese entonces, del técnico extranjero y como consecuencia de ello independizarlo también en su aspecto económico. Fué en ese sentido un precursor, al pronosticar con sus palabras y sus acciones la realidad que actualmente estamos viviendo con nuestra economía emancipada y fortalecida por la expansión de la industria nacional impulsada con indiscutible acierto por el actual gobierno.

Fué también el gestor tenaz y perseverante de la creación de la Facultad de Ingeniería en Rosario. Durante toda una década, de 1910 a 1920, desarrolló una campaña tesonera en favor de la Facultad por medio de artículos periodísticos, conferencias, reuniones y gestiones personales ante los legisladores y políticos de la época, sin dejarse amilanar por la falta de éxito inmediato, impidiendo en dos memorables ocasiones que el proyecto de creación de la Universidad del Litoral se aprobara sin incluir entre sus institutos a la Facultad de Ingeniería de Rosario.

La cesión de la manzana de terreno que ocupa este edificio por parte de la Municipalidad al Gobierno Nacional el 25 de abril de 1915 y la construcción del edificio que luego habría de ser compartido con la Facultad de Ciencias Matemáticas, fueron también objeto de su afanoso empeño y obra casi exclusiva de su prestigio personal. Fué una verdadera suerte para Rosario que un hombre de su carácter y de sus altas dotes intelectuales que le conferían una autoridad indiscutida en todos los círculos, ocupara en ese entonces la Dirección de la Escuela.

El Ingeniero Laporte, aunque porteño de nacimiento, bien merece ser considerado hijo benemérito de nuestra ciudad, por el entusiasmo y cariño con que defendió en todas las circunstancias de su vida, los auténticos intereses de Rosario. La construcción y explotación del puerto, la canalización y dragado del río Paraná, el monumento a la Bandera, las obras públicas nacionales y provincia-

les a construirse en la ciudad, lo tuvieron siempre entre sus propulsores más eficaces con su dinamismo característico y su visión certera de las necesidades presentes y futuras de su pueblo. Nunca escatimó su colaboración desinteresada a las obras de carácter social y humanitario: la Junta Provincial de fomento de las casas baratas, la Sociedad Rural, el ex Hospital de Caridad, el Asilo de Huérfanos, la Sociedad Protectora de la Infancia Desvalida y otras beneméritas asociaciones lo tuvieron como Asesor técnico, recibiendo sus consejos de guía experimentado y la colaboración generosa de su espíritu altruísta.

No olvidarán sus conciudadanos los relevantes servicios prestados a la colectividad con su vasta labor profesional y la múltiple actividad de su talento organizador en todos los asuntos en que le tocó actuar; la consagración definitiva de su nombre, en los anales de la vida de Rosario será pronto una realidad.

A nosotros nos corresponde especialmente honrar su memoria como maestro y educador. Como tal vive en el recuerdo afectuoso de todos los que fueron sus discípulos, porque fué el profesor ejemplar, no sólo por su amplia erudición, su dedicación incansable, la diáfana claridad de sus exposiciones y lo impecable del razonamiento; sino también por su espíritu de justicia y el amor y la honda comprensión humana que puso en la elevada función docente.

Helo aquí, evocado por la mano hábil del artista que esculpió su busto. Su rostro inteligente de amplia frente y rasgos varoniles bien definidos, su mirada franca, penetrante y serena, con destellos de fina ironía que velaban a veces una honda ternura, acusaban la excelsitud de su espíritu justo y ecuánime, enérgico y bondadoso al mismo tiempo.

Bien estará aquí su figura señera que mereció la prolongación en el bronce para que las futuras generaciones que no tendrán la dicha de conocerlo, puedan recibir el influjo de su espíritu selecto a través de su efigie; para que los jóvenes de mañana puedan saber quién fué y todo lo que hizo por la cultura superior de su patria.

Bien estará su efigie de maestro insigne presidiendo la sala de

lectura de la Biblioteca, rodeado de libros y rodeado de jóvenes. Bien estará allí porque amó entrañablemente a la juventud, preciosa materia prima con que se forja el porvenir de la Nación, y porque amó intensamente a los libros, símbolos de la ciencia y la cultura.

Recibo con profunda emoción en nombre de la Facultad su noble imagen que entrego a la custodia, a la admiración y afecto de los profesores y estudiantes de la casa; ella nos recordará su vida ejemplar, sirviéndonos de acicate para cumplir con nuestro diario deber sin desfallecimientos, como él lo hizo, con la mira siempre puesta en la formación y porvenir de la juventud y en los sagrados intereses de la Patria.

DISCURSO

del Agr. PABLO P. J. GIACHELLO

Director Interino de la Escuela Industrial Superior
de la Nación "Gral. José de San Martín"

◆

Llego a este acto con la honrosa representación de la Escuela Industrial Superior de la Nación, "General José de San Martín", la escuela de Laporte. A 45 años de mi ingreso como alumno, coronada mi carrera docente, con la más alta investidura a que puede aspirarse, ostento como limpia credencial, toda una vida de dedicación y consecuencia para con ella, para con sus prestigios, marchando a la vera de su digno director, identificado con sus nobles propósitos y aportando mi modesto grano de arena, para que sus sueños se convirtieran en realidad.

Si mis palabras como Director interino, tienen significación por la jerarquía y la adhesión que representa, profundas y sentidas han de ser las del ex-alumno que considera deber gratisísimo evocar la figura del gran maestro, exaltando sus virtudes y la grandeza de su obra, confesando para ejemplo de las generaciones presentes y por venir, su cariño y su veneración.

Pasan por mi mente, en interminable desfile, y a manera de hitos jalonados en el largo camino recorrido, cosas y hechos de aquellos lejanos días de mi adolescencia, algunos de los cuales quedaron como impresos en mi retina: La vieja casona de la calle 1º

de Mayo, con sus grandes patios, sus amplias aulas y sus incipientes instalaciones de talleres; el de herrería con el inolvidable maestro Macario; el de ajustaje, con el huraño, hosco, pero bondadoso Mr. Nilsson; el de carpintería con el inquieto señor Figueiras; los profesores fundadores: Ing. Pedro de Lepiney, Stephenson, doctor Contreras y don Juan Lonca, éste todavía en plenas condiciones físicas e intelectuales; la llegada de Laporte; los profesores que llegaron con él: Sugasti, Amerio, Omnés, Manuel Sallovitz; más tarde Fraquelli, Hoffer, Bazzani, Arocena, Arturo Sallovitz, la primer fiesta patriótica, un 25 de Mayo, solemne entrega de la primer bandera del establecimiento, adquirida por los alumnos, el primer viaje de estudios a Tucumán en el año del Centenario de 1910; el primer triunfo deportivo en un campeonato de tiro en el que se conquistó la pequeña bandera de guerra que generaciones sucesivas obtuvieron en posesión definitiva para la Escuela; la instalación del primer motor, el cubilote, la primera caldera, el martinete... Por fin, Diciembre de 1912, la coronación de desvelos, la primer promoción, cuyos nombres recordaré en su homenaje: Juan Bravo, Jerónimo Casella, Federico Franco, Santiago Grondona, José Grondona, León Peña, Raúl Wyngaard y Juan Manuel Zamora. Diciembre de 1913: mi promoción, nuestra promoción que, como recuerdo emocionado a mis compañeros enumeraré también: Marcelino Abalerón, con el que por feliz coincidencia y gracia del destino, profesamos en esta casa a 39 años de aquel acontecimiento, Lucio Bernard, también compañero de docencia en la Facultad, Ricardo Firpo, Daniel Gardiol, Federico Tapper, Angel Candia, Roberto Olivera Córdoba, Víctor Eugenio Recagno y Alberto D. Vacca. Algunos de estos y de aquellos ya emprendieron el viaje del que no se vuelve. Les rindo en este momento de recordación el homenaje de mi cariño fraterno.

Hasta aquí, mis recuerdos como alumno, en relación a los hechos, pero debo señalar los que quedaron también indeleblemente grabados en relación con sus relevantes condiciones de maestro insuperable. Es en su actuación en la cátedra donde radica uno de los mayores éxitos de su vida ejemplar. Con sus claras exposicio-

nes, fácilmente accesibles a las mentes de los alumnos, tornaba innecesario el uso de textos; tal era su eficacia que bastaba escuchar con atención sus explicaciones para que quedaran bien grabadas en nuestras jóvenes mentes. Realizó así una obra didáctica insuperable, que completó más tarde con la edición de sus textos de Estática Gráfica y de Resistencia de Materiales, en cuya ilustración me cupo el insigne honor de participar.

Y si en la cátedra dejó sentada su extraordinaria capacidad, no hizo menos en su función de Director. Imponía disciplina por simple acto de presencia, transmitía sus virtudes con su influencia personal, convirtiéndose así en causa efectiva de nuestros triunfos, consiguiendo que, con el recuerdo de sus directivas y la luminosidad de sus ejemplos, cada ex-alumno se convirtiera en continuador de su propia obra. Hizo obra porque dejó discípulos que siguieron sus huellas y entre todas esas cualidades, se destacaba su carácter y su capacidad de organizador. Es en este aspecto donde puso en evidencia sus extraordinarias dotes. Ya se ha dicho muchas veces cuánto debió luego luchar en la organización de su Escuela. Extracto de la hermosa biografía escrita por nuestro colega y amigo el Contador Egidio Osvaldo Fonso, las siguientes palabras: "No importa que hubiera que crearlo todo, organizar y equipar adecuadamente los talleres, seleccionar el personal docente, formar el personal auxiliar, suplir con el propio trabajo la falta de personal administrativo, interesar a los poderes públicos para obtener material de enseñanza y un edificio adecuado y despertar a una ciudad que no era la suya, pero a la que amaba como si lo fuera.

Fuí uno de los pocos egresados que anclara definitivamente, por decir así, en la Escuela y ello lo decidió en gran parte Laporte, al designarme en el año 1915, Jefe de Trabajos Prácticos, época en que comenzaron a gravitar, lo digo en su homenaje, los consejos paternales y sus directivas, señalándome con noble ejemplo, el camino del orden, del trabajo, de la consideración y el respeto, camino tan sabiamente indicado, que a tales consejos y directivas debo todo cuanto pude alcanzar en mi vida.

Desde el primer día de su llegada a esta ciudad y mientras organizaba su escuela, Laporte bregó por la creación de una Facultad de Ingeniería en Rosario y, a este respecto dice Fonso, en su citada biografía: "Es así cómo la Universidad del Litoral tuvo en este insigne maestro un vocero incansable que, desde el año 1909 ya soñaba con una de sus Facultades, la de Ingeniería, por la que bregó sin descanso con habilidad y talento, que por dos veces impidió que prosperara la idea de que dicho instituto no integrara la nueva Universidad y que al triunfar al fin, dió a los alumnos de su Escuela y a la juventud estudiosa el más noble crisol de perfeccionamiento a la ciudad de Rosario, el recio yunque donde forjaría otra de las poderosas columnas de su economía, al litoral un centro cercano de enseñanza técnica superior y al país entero una nueva ventana abierta para que, argentinos y extranjeros contemplaran mejor las perspectivas de nuestra industria en marcha.

Fué precisamente en el correr de esa lucha que felizmente superó con éxito, que supo inmunizarse a todas las ingratitudes y a todos los infortunios y a las pequeñas miserias que de vez en cuando le salpicaban. A este respecto os ruego me permitáis referir un episodio que traigo a manera de público desagravio póstumo, no obstante haber tenido en vida esa satisfacción.

Creada la Universidad del Litoral, comenzaron a barajarse nombres de las posibles o probables autoridades a designarse. La ciudad toda, esperaba la designación de Laporte, pero contra todos esos anhelos, triunfó una campaña que se hizo en su contra, patrocinada por elementos que por rara ironía, habían tenido el privilegio de beber en la limpia fuente de su sabiduría, y que señalaron como "funesta" para el porvenir de la nueva casa, su designación. El tiempo transecurrió y Dios que todo lo nivela, hizo justicia, de modo tal que uno de aquellos que se oponían en 1920 a su designación negándole hasta condiciones para ser profesor, dijera, ya más maduro y con otro concepto de la vida, en ocasión del homenaje que se le rindió al cumplir sus bodas de plata con la Escuela, lo siguiente: "Interpretad estas palabras como el homenaje de quien, no habiendo coincidido con vuestro pensar en

delicados problemas de nuestro medio educacional, cumple el hidalgo deber de destacar vuestras virtudes, de reconocer vuestro acendrado amor por la Escuela y vuestra capacidad en el cumplimiento de vuestros deberes. Que este acto constituya para vuestro espíritu, como una recompensa moral a tantos desvelos y tantos afanes, largamente acariciados y cumplidos, pese a los obstáculos interpuestos en el camino.

Más tarde, con motivo de su retiro definitivo de sus actividades docentes en 1940, aquellos mismos, en función de autoridades universitarias, dijeron: "Correspondió al Ing. Laporte, organizar la Escuela y a su fecunda acción debe atribuirse el grado de adelanto experimentado por la misma; más de 30 años de actuación como Director y profesor, cerca de veinte años de docencia universitaria en la Facultad, donde ocupó el Decanato y desempeñó otras funciones de importancia, obligan a destacar la labor desarrollada, aceptando las renunciaciones presentadas como un reconocimiento a los beneficios brindados por la obra del Ing. Laporte, por lo que el C. D. en uso de sus atribuciones resolvió designarlo profesor honorario vitalicio de la Facultad."

Llegó por fin su máxima aspiración; el edificio propio de la Escuela, que luego debió compartir con la Facultad por cuya creación tanto hizo. Sus biógrafos dirán en qué proporción se debe a Laporte ese nuevo laurel, pero ya en 1928, pudo pisar con la satisfacción que era lógico suponer, el terreno obtenido a fuerza de tesón y de constancia. Largo sería hablar de todo el proceso de esta conquista y sólo he de transcribir, para terminar, algunos párrafos de notas y discursos, en los que descubría sin quererlo, distintas facetas de su recia personalidad. Así decía "...Y mucho aprecio ver también, rodeando esta mesa, a algunos con quienes a veces he sostenido divergencia de pareceres, porque ello me demuestra una vez más que las diferentes opiniones, cuando son sostenidas con altura, ni quiebran amistades ni rompen relaciones..." O este párrafo: "...no es sin cierta emoción, señor Decano, que he recorrido la lista de ex-alumnos de esta Escuela, de la que he entresacado los nombres citados, porque ella me trae a la

mente muchos recuerdos muy gratos de mi actuación al frente de la Escuela y porque me confirma en el juicio del éxito alcanzado por ella." O cuando hablaba de su propia obra: "...La obra realizada no es perfecta, ni hemos pretendido tal cosa. La perfección es algo así como el punto de tangencia de una curva asintótica hacia el cual tendemos sin lograr nunca alcanzarlos." O cuando insistía en sus puntos de vista, con respecto al rumbo que debía darse a su Escuela: "...Ya he dicho alguna vez que, en las circunstancias actuales de autarquía de muchas naciones, conviene realizar ensayos de fabricación de aceros, base de toda industria metalúrgica, colaborando así con el Gobierno Nacional y con la industria privada en los esfuerzos valiosos que realizan desde hace pocos años y conviene también organizar parte de nuestros talleres en forma industrial para que puedan realizar ensayos de fabricación de maquinarias e implementos varios."

Señores Profesores, jóvenes alumnos:

Que este homenaje encienda en vuestras almas una digna emulación, ajena por completo a envidias y rencores y que la justicia, la equidad, la disciplina y la contracción al trabajo y al estudio, sean nuestra constante aspiración. Habremos así rendido el mejor homenaje a su memoria. De hoy en más, la figura de nuestro gran director, eternizada en ese busto, ubicado en ambiente propicio para el estudio y la meditación, nos dirá de una vida dedicada al bien y al trabajo. Inspiraos en su ejemplo y cumplireis honrosamente vuestra misión en la vida.

DISCURSO

del Arq. **ANTONIO J. PASQUALE**

Ex-alumno de la Escuela y de la Facultad

◆

Cuando se escriba la verdadera historia de la vieja Escuela Industrial de la Nación, de entre esa vasta y emocionante sucesión de imágenes y de anécdotas que andan por ahí, tan desmenuzadas como preñadas de enormes añoranzas; en la mente de los que fuimos sus alumnos, la figura rectora del Ing. Luis B. Laporte habrá de surgir neta, humana, grande, recia y plena de características notables, como la personalidad más brillante y completa de aquel glorioso historial.

De igual manera, todos cuantos recuerden la serie de inquietudes generosas que precedieron la creación de la Facultad de Ciencias Matemáticas de la Universidad Nacional del Litoral, su fundación, su afianzamiento de los primeros años, su perfeccionamiento didáctico y el firme prestigio científico-intelectual que llegaron a traducir gran parte de sus profesores, por vía de sus egresados tan auténticos como destacados; nuevamente el Ingeniero Luis B. Laporte habrá de sobresalir en la mente de todos cuantos le conocieron. Con su firmeza de carácter, su concepto personal e incorrupto sobre el cumplimiento del deber, su dogmatismo innegablemente sincero, sus definidas y particulares ideas sobre el universitario y,

su disciplina intelectual. Todo lo cual le destacarán siempre de entre los más prominentes creadores de la Facultad, de entre sus primeros decanos y además por su excelsa e indiscutida posición de profesor inteligente, talentoso, versado, completo y respetuoso del estricto cumplimiento de sus deberes como tal.

Con el altísimo honor de haber sido alumno del Ing. Luis B. Laporte en los dos establecimientos de enseñanza superior, que por él y con él fueron honra y prez de Rosario y de todo el país, invisto hoy ante vosotros la grande y hermosa responsabilidad de este momento, que habré de recordar mientras viva. Ella es la de representar en este acto las sucesivas, inolvidables y honrosas camadas de queridos hermanos en las aulas de la vieja Escuela y la querida Facultad; que llenaron de satisfacción al país y de gloria a sus profesores, formados en el clima del trabajo, de la verdadera capacidad y con el ejemplo siempre presente en las inflexibles normas de conducta y de vida del maestro que recordamos.

Sólo un exagerado y gentilísimo recuerdo de estimados profesores, que son nuestros amigos, y que gravitaron también sobre la formación de nuestra incipiente personalidad y nos señalaron el camino de la hombría de bien y de la profesión conscientemente ejercida, me han creado este momento de felicidad. Pues es grande la satisfacción de ser el vocero de estimados camaradas y colegas, cuya gratísima presencia invoco, y también de aquellos que nos precedieron y nos sucedieron; con todos los cuales nos sentimos unidos por idénticos sentimientos de gratitud hacia la vieja Escuela y la querida Facultad, y solidariamente presentes bajo un mismo sentimiento y una misma emoción en esta advocación justiciera hacia el Ing. Laporte.

Mientras tanto nos parece oír el dictado claro y concreto de una orden suya, dicha en su voz peculiar, clara, vibrante, sin flaquezas; como señalándonos el deber de ser traductores fieles de las potencias técnico-científicas de dos establecimientos dignísimos, y celosos depositarios del juicio que ellos habrán de merecer ante la colectividad: por la capacidad constante y siempre renovada de sus egresados, que se formaron al calor de las normas directivas y

didácticas, con el espíritu sutil de permanente y rígido análisis que, como el del Ing. Laporte, obligan al ejemplo y la admiración.

Es que, señoras y señores, hablar del Ing. Luis B. Laporte y de su inconfundible personalidad, recordar su larga y fecunda actuación en la Escuela Industrial de la Nación y en la Facultad de Ciencias Matemáticas, significa reconstruir una época en la vida de ambas casas de estudios, en las horas de sus mayores luchas y —disculpádme— quizás de sus mejores y más grandes méritos.

Los que fuimos alumnos de ambas casas en aquellos años de estructuración, recordamos con nitidez singular la vigorosa personalidad de este hombre organizador, rígido y sin dobleces. A menudo parco en palabras pero contundente en sus juicios; “dulce en el gesto pero firme en la acción”, como supo decirlo con propias palabras. Siempre profícuo en su acción constante e infatigable, que mostraba invariablemente tintes personales propios y estrictamente acordes con sus ideas más íntimas, de las que quizás nunca se alejó. El inspirado y exigente moralizador de la juventud que tuteló en su tiempo, en todo cuanto fuera para el bien de su inclinación al trabajo, dedicación al estudio purificante y enaltecedor; como apego a las varoniles normas de conducta personal, que llegó a conocer en detalles en cada uno de nosotros.

Y ahora que el transcurso del tiempo depositó en nosotros el limo de la experiencia, cuando las canas y los hijos nos van marcando nuestra verdadera ubicación en el camino de la vida que se vá; comprobamos la certeza de ciertos juicios suyos, el acierto en la invariable posición de sus exigencias y la purificante firmeza en fijar conceptos, que nos señaló en aquellos años para éstos en que vivimos. Consagrando la severa e insobornable manera que tenía de juzgar a los hombres, sus ideas, sus inquietudes, sus pasiones y el verdadero grado de su desinterés.

Hoy, que tras el calmoso devenir de los años contemplamos los sucesos idos con la tranquilidad de un atardecer común, es preciso reconocer que el Ing. Laporte no fué un antagonista de la juventud estudiosa, como llegamos a pensarlo en aquellos ener-

vantes tiempos de nuestra formación. Creyó en ella; pues creía en la pureza de los corazones que se exhaltan noblemente ante los horizontes del saber. Pero no creyó, y lo dijo sin retaceos ni sofismas, en los falsos apóstoles que pretenden apoyarse en los entusiasmos inexpertos y generosos de la estudiantina, para despejar su propio camino y exaltar el relumbrón de sus medioeres cualidades de pedagogos.

No pudo tolerar que la juventud que llenaba la Escuela Industrial de sus afanes, y que era levadura potente y promisoras para la Facultad, fuera instrumento de idealistas faltos de sinceridad; cuando no faltos de todo ideal.

Por sobre una tranquilidad lograda a costa de transacciones no concordantes con sus rígidos conceptos: del profesor, el alumno, la disciplina, el orden y la jerarquía, prefirió la lucha tenaz, lealmente sostenida, sin renunciamentos, que mantuvo en casi toda su vida de Director inolvidable. Su amor al clima de investigación y estudio, le hicieron orientar sus preferencias, sin vacilaciones, en la defensa constante del prestigio siempre creciente de su Escuela, ganado merced a su dedicación, su gran inteligencia y sus preocupaciones de hombre ordenado; aún a riesgo de perder una popularidad, más inmediata y complaciente, pero también más efímera.

¡Esa fué su lucha!

Muchas veces, señores, en aquellos años inolvidables de nuestro paso por la Escuela Industrial de la Nación y por la Facultad de Ciencias Matemáticas, disintimos con algunas ideas del Ing. Laporte. Sobre todo cuando sus agudas observaciones de hombre severo hasta consigo mismo, llegaban a tocar los límites de la Reforma Universitaria, cuyos postulados nos complacían. Pero nuestro disgusto no pasó nunca de un cambio de pareceres, antagónicos sí, pero excentos de todo rencor. Pues probablemente nadie de entre los pedagogos de su tiempo y muy pocos de los que con él integraron un mismo cuerpo de profesores, cumplió como él más estricta y cabalmente con aquellos postulados: en todo cuanto tienen de se-

rio, de producción sabia y generosa, de utilidad científica, de siempre renovada capacitación.

De elevar, en suma, la Universidad por el propio conjuro de valores mayestáticos auténticos y de métodos de rígida y correcta selección magistral; que el Ing. Laporte aceptó y practicó lealmente como un reformista de la primera hora.

Su producción técnico-científica, sus trabajos profesionales de jerarquía, sus inquietudes de profesor eficaz y altamente dotado; su permanente y honesta dedicación a la cátedra, que sirve aún de ejemplo para las atrevidas pretensiones del presente; sus disciplinadas normas de vida, pública y privada; le destacaron como el personaje quizás más auténtico que debieron intuir los que idealizaron aquella gesta, como la aspiración de una juventud que pidió su propia elevación moral y científica. Mediante la verdad de los libros y de la ciencia pura, que captada y transmitida con fidelidad para la felicidad del mundo, nos acerca inefablemente a Dios.

Recordamos, hoy, cuando alumnos de la vieja Escuela, niños aún, le vimos suplir cualquier profesor ausente, cualquier cátedra acéfala. Le escuchamos dictar Matemáticas, Física y Mecánica ante el solo anuncio de ausencia del titular, con solo preguntar la bolla del programa que en ese momento corría el curso. Le recordamos en su cátedra habitual de Estática Gráfica y Resistencia de Materiales, cuando juntamente a sus condiciones de didacta sobrio, claro y pocas veces superado, nos daba lecciones de buena y correcta expresión, de compostura, de práctica del dibujo, de higiene personal, en una palabra de humana e integral capacitación.

Su invariable posición de hombre empeñoso, de creador y dueño absoluto de sus ideas, le llevaron a sostener fuertes controversias con los estudiantes, en todo aquello que no coincidiera con su forma de analizar con rigor habitual situaciones que, vistas hoy, bien se pueden calificar de certeras aunque entristecedoras predicciones, sobre la autenticidad de ciertos valores que nos parecieron inconvertibles. Pero la mano derecha del Ing. Laporte, franca, cordial, amiga y alentadora, se tendía espontáneamente en cuanto la

juventud le demostraba viril inclinación a las disciplinas de su carrera, y su destacada actuación universitaria daba esplendor a su casa y a sus maestros.

¡Tal el caso de aquel presidente del Centro Estudiantes de la Facultad de Ciencias Matemáticas, durante la actuación de Laporte como Delegado Interventor, a quien se negó tomar examen por la posición que ambos ocupaban y por ciertos disgustos del momento; pero a quién el Ing. Laporte fué el primero en felicitar en plena clase, alegre, amplio y sin enconos, días después, en cuanto supo que aquel dirigente estudiantil había merecido las palmas del Premio Mitre!

¡Esa fué, parte de su gloria!

Su actuación en la Facultad de Ciencias Matemáticas, pudo ser discutida en su época, por las corrientes de ideas encontradas propias del momento en que la dirigió. Lo que no podrá discutirse nunca será la eficacia de su gestión, la honestidad de sus convicciones dichas con sutileza valiente, tajante y varonil, la probidad de su vida, sus grandes condiciones de trabajador inteligente, organizador y clarividente.

Pero donde su actuación sobrepasa los límites de la consagración laudatoria de sus viejos alumnos, es en la Escuela Industrial de la Nación. La vida, el vigor y el prestigio que lució la vieja Escuela en su época de mayor brillo, se deben al tesón, las condiciones directivas y a la propia personalidad del Ing. Laporte; fielmente transmitida al establecimiento educacional de sus amores.

Aún hoy, señores, los profesionales formados en torno al viejo sistema concebido y practicado por el Ing. Laporte, y completado luego en la Facultad de Ciencias Matemáticas, donde su fuerza de inspiración pedagógica no pudo pasar desapercibida, gozan de una aureola de saber y de capacitación que se respeta en todos los círculos de profundo y constante rigor técnico-científico.

Precisamente, esa comunidad en los conocimientos, ese agradecido recuerdo a las aulas que formaron nuestra defensa personal

más inquebrantable, han creado un vínculo fraterno entre todos los alumnos de la Escuela Industrial de la Nación de Rosario, de las más distintas épocas y promociones. Fraternidad que comprobamos a diario en cuanto los vaivenes de la vida nos enfrentan con recuerdos que nos son comunes e inolvidables; por ser patrimonio de nuestros años mozos.

Surgen entonces los recuerdos, los comentarios, las anécdotas y el ameno discurrir de luchas, pesares y satisfacciones. Surgen los nombres de viejos maestros que nos dejaron el sello indeleble de su ingénita bondad, su capacidad y la pureza inmaculada del humano saber. Se dibuja en nuestros labios una sonrisa indefinida y todavía candorosa, cuando mencionamos personajes que integraron la vida interior, funcional, doméstica, de la querida Escuela. Pero todos los comentarios, todas las emocionadas recordaciones, todo el cariñoso añorar, todo el agradecimiento que se refracta en nuestros corazones para volar hecho brillante estela de prestigios profesionales permanentes: le notamos envuelto por el hálito vivificante y resplandeciente del Ing. Laporte. ¡Premio terrenal a su larga y tesonera campaña de estructuración, evolución y superación de la Escuela de sus grandes anhelos; y premio para las normas disciplinadas de su espíritu de asceta veraz y talentoso, combatido, combativo y consagrado!

Su figura y su obra gozan ya, señores, de firmeza inconvencible en el recuerdo ecuánime, reposado y agradecido de quienes fuimos sus alumnos. Si al decir de Erasmo: "Agradecemos de buen grado lo que nos enseñan quienes nos aman", mucho debió querer el Ing. Laporte a la juventud que escuchaba sus enseñanzas, pues su persona sobresale nítida en nuestras mentes, rodeándole la prístina aureola que sólo acompaña a los maestros. Mucha bondad, muchos quilates, mucha trascendencia tiene la obra del Ing. Laporte, debido a los méritos adquiridos por vía de sus hijos intelectuales; para que esa obra pueda ser eclipsada —antes bien, se magnifica— por su incorrupta definición de hombre intransigente a todo lo que no fuera un valor verdadero, una verdad sin mácula, una manera real de demostrar capacidad, contracción y honesto deseo de superación.

juventud le demostraba viril inclinación a las disciplinas de su carrera, y su destacada actuación universitaria daba esplendor a su casa y a sus maestros.

¡Tal el caso de aquel presidente del Centro Estudiantes de la Facultad de Ciencias Matemáticas, durante la actuación de Laporte como Delegado Interventor, a quien se negó tomar examen por la posición que ambos ocupaban y por ciertos disgustos del momento; pero a quién el Ing. Laporte fué el primero en felicitar en plena clase, alegre, amplio y sin enconos, días después, en cuanto supo que aquel dirigente estudiantil había merecido las palmas del Premio Mitre!

¡Esa fué, parte de su gloria!

Su actuación en la Facultad de Ciencias Matemáticas, pudo ser discutida en su época, por las corrientes de ideas encontradas propias del momento en que la dirigió. Lo que no podrá discutirse nunca será la eficacia de su gestión, la honestidad de sus convicciones dichas con sutileza valiente, tajante y varonil, la probidad de su vida, sus grandes condiciones de trabajador inteligente, organizador y clarividente.

Pero donde su actuación sobrepasa los límites de la consagración laudatoria de sus viejos alumnos, es en la Escuela Industrial de la Nación. La vida, el vigor y el prestigio que lució la vieja Escuela en su época de mayor brillo, se deben al tesón, las condiciones directivas y a la propia personalidad del Ing. Laporte; fielmente transmitida al establecimiento educacional de sus amores.

Aún hoy, señores, los profesionales formados en torno al viejo sistema concebido y practicado por el Ing. Laporte, y completado luego en la Facultad de Ciencias Matemáticas, donde su fuerza de inspiración pedagógica no pudo pasar desapercibida, gozan de una aureola de saber y de capacitación que se respeta en todos los círculos de profundo y constante rigor técnico-científico.

Precisamente, esa comunidad en los conocimientos, ese agradecido recuerdo a las aulas que formaron nuestra defensa personal

más inquebrantable, han creado un vínculo fraterno entre todos los alumnos de la Escuela Industrial de la Nación de Rosario, de las más distintas épocas y promociones. Fraternidad que comprobamos a diario en cuanto los vaivenes de la vida nos enfrentan con recuerdos que nos son comunes e inolvidables; por ser patrimonio de nuestros años mozos.

Surgen entonces los recuerdos, los comentarios, las anécdotas y el ameno discurrir de luchas, pesares y satisfacciones. Surgen los nombres de viejos maestros que nos dejaron el sello indeleble de su ingénita bondad, su capacidad y la pureza inmaculada del humano saber. Se dibuja en nuestros labios una sonrisa indefinida y todavía candorosa, cuando mencionamos personajes que integraron la vida interior, funcional, doméstica, de la querida Escuela. Pero todos los comentarios, todas las emocionadas recordaciones, todo el cariñoso añorar, todo el agradecimiento que se refracta en nuestros corazones para volar hecho brillante estela de prestigios profesionales permanentes: le notamos envuelto por el hálito vivificante y resplandeciente del Ing. Laporte. ¡Premio terrenal a su larga y tesonera campaña de estructuración, evolución y superación de la Escuela de sus grandes anhelos; y premio para las normas disciplinadas de su espíritu de asceta veraz y talentoso, combatido, combativo y consagrado!

Su figura y su obra gozan ya, señores, de firmeza inconvertible en el recuerdo ecuánime, reposado y agradecido de quienes fuimos sus alumnos. Si al decir de Erasmo: "Agradecemos de buen grado lo que nos enseñan quienes nos aman", mucho debió querer el Ing. Laporte a la juventud que escuchaba sus enseñanzas, pues su persona sobresale nítida en nuestras mentes, rodeándole la prístina aureola que sólo acompaña a los maestros. Mucha bondad, muchos quilates, mucha trascendencia tiene la obra del Ing. Laporte, debido a los méritos adquiridos por vía de sus hijos intelectuales; para que esa obra pueda ser eclipsada —antes bien, se magnifica— por su incorrupta definición de hombre intransigente a todo lo que no fuera un valor verdadero, una verdad sin mácula, una manera real de demostrar capacidad, contracción y honesto deseo de superación.

Y si, cuando estudiamos la obra realizada por un hombre, surgida y purificada tras una prédica permanente por sostener ideas e ideales expresados con invariable firmeza, y de esa observación no nos queda más que el sedimento de una justa y sincera admiración; la postura dogmática de aquel hombre de carácter firme e insobornable, por muchas reacciones que haya despertado en su paso por la vida, alcanza entonces los relieves de un verdadero apostolado.

Tal es la traducción, señores, de la gran figura del Ingeniero Luis Bernardo Laporte.

Recordado con sentimientos de emocionante veneración por aquellos antiguos profesores, que compartieron con él la responsabilidad de jerarquizar la Escuela Industrial de la Nación y la Facultad de Ciencias Matemáticas. Recordado con respetuosa gratitud por la magnífica pléyade de ex-alumnos que supieron sentir y gustar sus enseñanzas, intuir la severidad de sus juicios y comprobar, la sinceridad y justeza de sus definiciones humanas; y que le retribuyen, hoy, con el laurel de la consagración magistral. Recordado por la ciudad de sus amores, de sus luchas y de sus glorias, de su obra excelsa de educacionista insigne; cuna de sus hijos, teatro de sus inquietudes, y terruño agradecido que le guardará como a uno de los valores morales que más hicieron por la viril y honesta forma de convertir en hombres útiles, a miles de jóvenes rosarinos.

¡Todo ello es amalgama para el bronce, que es recio, tenaz, noble y firme como el carácter del Ing. Luis B. Laporte! ¡Todo ello es comprobación que de las controversias y del duro cotejo de nuestras ideas con las suyas, surgió la definida personalidad, el espíritu de lucha y de trabajo, la admiración por los valores humanos permanentes, el deseo de superación acrecentado día tras día, de los que fueron sus alumnos!

¡Esas son condiciones imperecederas como las de este bronce, que traducen su numen de maestro innegable y que se agiganta por el cariñoso recuerdo de sus ex-alumnos; para sobrevivir en ellos, con ellos y por ellos en la mente y el corazón de sus conciudadanos! ¡Ese, y no otro, será su mejor elogio!

ROMANCE A LUIS BERNARDO LAPORTE
de la Prof. BEATRIZ P. SAENZ DE CASTIGLIONI
recitado por el alumno GUALBERTO VENESIA

◆

Viniste de aquellos tiempos
que ya nunca volverán.
Estirpe y tales varones
es muy difícil de hallar
cual Luis Bernardo Laporte,
quizá si otro igualará...
Si no naciste en Rosario,
eras de la Capital,
aquí trajiste tus sueños,
aquí fundaste tu hogar;
y eran de un mismo linaje
el tuyo y de mi ciudad:
ambos sin un pregonero
en el tesonero afán,
ningún blasón en la cuna
ni en la senda un atabal;
¿habrá quién con más derecho
pueda llamarla natal?

“Línea recta”, tu camino
del principio hasta el final,
junto a la cota de acero
la conciencia de cristal...
Y en parábola imponente
te desdoblaste en el dar:
y eras tú mismo, cumbre,
la muralla y el puntal.
Vulcano del nuevo mito,
fuego de tenacidad,
de la inercia gestatoria
formaste el clima vital.
Y con la fe de un cruzado,
tu alucinado mirar,
fundió en un molde maestro,
técnicos y capataz:
“para la industria argentina,
argentino potencial”.
Hendió el silbato los aires,
el cemento dió en vibrar,
por las rígidas gargantas
la ciudad empezó a hablar.
Le cupo a la escuela nuestra,
por ti, Escuela Industrial
ser la primera en la villa
como señora sin par;
que no descifraron mentas
tremenda perplejidad:
¿Era la Escuela Industrial
el ingeniero Laporte?
o ¿el ingeniero Laporte
era la Escuela Industrial?
Tu palabra y tu sonrisa
de firmeza y claridad,
acompañaban relámpagos
del azul de tu mirar

y en la ancha frente los sueños
en holgura de campear.
Imponías por la aureola
de prestancia singular,
que no ha menester la talla
el que es grande de verdad.
Y estaba el sello Laporte
en la escuela y facultad,
estaba el sello Laporte
flotando cual un cendal...
confluencia tan peregrina,
paradójica hermandad,
¡prodigio de ser tú mismo
y dejar ser, los demás!

Por lograr ancho escenario
no halla tregua tu velar:
el puerto, el río el camino
La Plata y San Nicolás.
Y en el esfuerzo gigante
Buenos Aires y hasta el mar;
nada arredra tu carrera,
cual Cid del nuevo campear
a tu paso Luis Laporte,
se agrandaba la ciudad.

Y llegó un día de duelo
tu hora de eternidad.
Mes de abril ya fenecía,
rompió un grave badajear
que echó afuera las falanges
de tu Escuela y Facultad.
Se abrieron en doble hilera
custodiando tu pasar,

como alboleda de piedra,
lágrimas por aflorar,
y como ríos cubrieron
las calles de mi ciudad.
¡De nuevo entre tus muchachos
de nuevo volver a estar!
¡Cual sonreirías Laporte
rumbo a la inmortalidad!
¡De nuevo entre tus muchachos
de acero por no llorar!
¡Cual sonreirías Laporte
bien puedes dormir en paz!

Perdona si este romance
bañado de luz albar
no fue de la envergadura
de tu talla singular,
que a tu gloria, Luis Laporte
es mezquino el sabio hablar
y es el esfuerzo menguado
si se traduce en cantar.
¡Que cese ya el pregonero!,
que enmudezca el atabal;
baste decir: Luis Laporte
y tus obras hablarán!

Discursos pronunciados al descubrirse una placa en la intersección de las Calles “Ing. Luis B. Laporte” y “Martín Fierro” en el Barrio Celedonio Escalada, el 4 de Julio de 1953.

DISCURSO

del Ing. **RODOLFO L. DEZORZI**
Vicedecano en ejercicio de la Facultad
de Ciencias Matemáticas

Esta ciudad de Rosario designa desde hoy, a una de sus calles con el nombre del Ing. Luis Bernardo Laporte.

Aunque el Ing. Laporte no fuera de origen rosarino, la ciudad lo adoptó como tal; lo albergó como un hijo dilecto, que encontró en ella la atmósfera y el ambiente adecuados para rendir su fruto: el fruto de su trabajo constante, el fruto de su trabajo tenaz.

Fué un verdadero hijo de la ciudad, hijo que proporcionó mucho honor y mucho orgullo a la familia rosarina, a la que llegó con sus inquietudes, sus sueños y su extraordinaria visión del futuro.

Fué hombre de empresa, no se detuvo ante el obstáculo ni jamás se volvió atrás. Se inspiró en el deber y se sacrificó por sus principios.

Descubrió en la ciudad el mismo espíritu de tesón que a él lo movía; rápidamente se identificó con ella y contribuyó a todas sus obras.

Integró el cuerpo técnico encargado de la fiscalización en la construcción de nuestro puerto, y en 1909 fué designado Interven-

tor y luego Director de la Escuela Industrial de la Nación.

Se interesó y luchó por la creación de nuestra actual Facultad de Ingeniería y propugnó hasta la propia creación de la Universidad Nacional del Litoral.

El Ing. Laporte, en cada uno de los momentos de su vida, en cada una de sus obras, dejó su propio espíritu, que le sobrevive; la juventud estudiosa que lo conoció, sintió por él grandísima admiración.

Para nosotros, sus realizaciones y sus inquietudes tienen el encanto de ser el exponente de una vida que tanto bien realizó en beneficio del país.

Su vida queda como un ejemplo permanente, su presencia espiritual, enaltece el nombre de argentino y es estímulo constante para la juventud de la Patria.

Señoras y señores: les he hablado con la voz que ha recogido la ansiedad universitaria por este homenaje, y con el único ablen-go de ser auténticamente rosarino.

DISCURSO
del Ing. ANGEL GUIDO
Vocal de la Comisión de Homenaje

La Comisión de Homenaje al Ing. Laporte, en su afanosa y noble misión de honrar su figura prestigiosa, obtuvo la espontánea y generosa colaboración de la Municipalidad de Rosario, para que se designara con el nombre de "Ing. Luis B. Laporte", una calle de la ciudad. Ello fué concretado en la Ordenanza N° 893 del año pasado, siendo Intendente Municipal el Dr. José Lo Valvo, Presidente del Concejo Deliberante el Sr. Salvador Diez Mori y Secretario de Obras Públicas el Ing. Santiago Albanessi Galassi. Se establecía, en tal ocasión, que esta calle debía pertenecer al barrio "Celedonio Escalada", lo cual sugiere un nombre familiar para los rosarinos por saberlo vinculado al Combate de San Lorenzo.

Durante el presente año, el actual Intendente, Sr. Alberto Brites, con innegable espíritu rosarino, mediante la colaboración práctica y ejecutiva del Director de Obras Públicas Ing. Rodolfo Parfait —quién fuera discípulo del Ing. Laporte— dió efectividad a aquella dignísima iniciativa y desde este instante, para todos nosotros muy grato por cierto, esta calle se llamará "Ing. Luis B. Laporte".

En nombre de la Municipalidad y de la Comisión de Homenaje

que preside con tanto celo el Ing. Zapata —y cuya delegación para hablar en este acto me honra muy de veras— vayan mis primeras palabras de reconocimiento a las citadas autoridades edilicias. Pueden tener la seguridad que nunca será olvidado este gesto caballeresco y generoso que ha permitido llevar a la realidad uno de los propósitos perseguidos por amigos, colegas y discípulos que fueran de este hombre eminente.

En efecto, la ilusión nuestra de que una de las calles de Rosario ostentara el nombre de nuestro maestro, tenía un motivo bien valedero. A las calles se las llama “arterias”, como expresión extensiva de la circulación del tránsito, soslayando la de su auténtico sentido de circulación sanguínea. Sin embargo, a pesar del olvido de su verdadero significado, las arterias —calles de una ciudad— constituyen un pulso de la misma, no solamente en su funcionalidad técnica del tránsito, sino en esa otra funcionalidad espiritual: la de la gratitud hacia los hombres eminentes que han legado una obra digna a la Patria. De ahí que en América latina —contrariando la costumbre de algunos pueblos nórdicos de designar con cifras sus calles— nuestras ciudades estén tapizadas de nombres gratos al sentimiento nacional, desde los próceres que crearon nuestra nacionalidad, hasta los sabios y maestros que destinaron su vida a la docencia. Y la docencia, señoras y señores, sea en la ciencia, como en las virtudes cívicas, es una de las más nobles y dignas misiones que puede tener el hombre de este siglo de desorientaciones, vacilaciones y desconciertos frente al riesgoso destino de nuestro tiempo.

De ahí que en esta ocasión, nuestra ciudad ha hecho limpia justicia con un docente ejemplar, al disponer que esta calle lleve el nombre del Ing. Luis B. Laporte.

Laporte, en efecto, ya lo hemos repetido en varias ocasiones, no solamente fué maestro por su ciencia, sino también por su presencia. Su sabiduría en la técnica y en la función directiva fué pareja con su gallarda personalidad y de ahí su espontánea y bien lograda autoridad. En fin, de sus virtudes múltiples ya han hablado y hablarán con autoridad otros colegas en este acto. Sólo me

interesa precisar un hecho singular en esta circunstancia que en verdad, mucho nos complace y también nos emociona. Me refiero a la ubicación de esta calle en un barrio balcón hacia el Paraná. Este río que ha constituido la razón de ser de nuestra ciudad arrancando aquella frase del historiador: "río cerrado, pobreza y atraso; río abierto, prosperidad y cultura", fué motivo de profundos estudios realizados por el Ing. Laporte. Efectivamente, su práctica adquirida en la dirección técnica de los puertos de San Nicolás y Bahía Blanca le sirvieron para dirigir modificaciones y ampliaciones de nuestro puerto rosarino. También las consecuencias de las erosiones provocadas por la canalización del Paraná frente a la ciudad, tuvieron en Laporte a su más profundo investigador. Llegó a ser el técnico de consulta para las construcciones de categoría, levantadas en la zona portuaria. Con su agudo espíritu inquisitivo, su madura cultura profesional y sus conocimientos técnicos superiores, más de una vez debió acercarse, desde pocos metros de este lugar, a observar este majestuoso río nuestro que ha enriquecido nuestro acervo material y ennoblecido nuestro patrimonio espiritual.

El Ing. Laporte interpretó la profunda significación de esta gran vía fluvial, que constituye, por destino geográfico y económico, el diástole y sístole del pulso de nuestra ciudad.

Bien está, pues, que esta calle pertenezca a un barrio que, desde las barrancas otea toda la anchura generosa de nuestro Paraná. Cabe, entonces, excepcionalmente bien, lo repito, el nombre de Ing. Luis B. Laporte, a esta sencilla arteria abierta en este barrio ribereño. Y para sumarle un mayor sentido de Patria lleva el nombre de Barrio "Celedonio Escalada" en memoria del valeroso rosarino que interviniera en la gesta sanmartiniana de San Lorenzo.

Bienvenida, pues, esta calle con el flamante nombre de "Luis B. Laporte" que se incorpora a Rosario con la dignísima heráldica de: Docencia, Patria, Rosario y Río Paraná.

**Discursos pronunciados al
trasladarse los restos del Ing.
Luis B. Laporte al Mausoleo
construido en el Cementerio
del Salvador, el 12 de Mayo de
1955**

DISCURSO

del Ing. **LEON MIGLIERINI**

Vicedecano de la Facultad de Ciencias Matemáticas

◆

La Facultad de Ciencias Matemáticas, etc., de la Universidad Nacional del Litoral, me ha conferido la honrosa misión de representarla en este acto, de profundo contenido espiritual, en que conmemoramos el 4º aniversario del fallecimiento del Ing. Luis B. Laporte, quien destacara su alta personalidad universitaria en carácter de vice-rector, decano, delegado interventor y brillante profesor en nuestra Facultad.

En esta emotiva ceremonia la Comisión de homenaje a la memoria del Ing. Luis B. Laporte, con la adhesión del Superior Gobierno de la Provincia de Santa Fe, de la Municipalidad de Rosario, de instituciones, profesores, discípulos y amigos, hará entrega a la comunidad del mausoleo que guarda sus venerados restos, por unánime y expresa voluntad de todos los que durante su fecunda existencia tuvieron el privilegio de conocerlo y admirarlo, y en testimonio imperecedero de nuestro más profundo reconocimiento hacia la trascendente y múltiple obra que nos legara quien, en vida, fuera —por excelencia— un gran maestro, en la más cabal acepción del vocablo.

Han transcurrido ya cuatro años, desde su deplorada desaparición; luctuoso acontecimiento que consternara a todas las esfe-

ras culturales e instituciones de nuestro medio, donde su relevante personalidad intelectual y moral sobresaliera con netos perfiles en el campo de la Ingeniería, en la cátedra y en importantes cargos directivos y docentes; actividades en las que su vigoroso temperamento, su labor incansable y probidad lo destacaron, en forma superlativa, como maestro de la conducta y de la acción.

En estos momentos propicios a la rememoración de su inolvidable persona, los que en la pasada juventud fuimos sus alumnos en la Escuela Industrial anexa a nuestra Facultad, evocamos aquellos lejanos días en que su paternal y enérgica figura concitaba nuestra atención al escuchar sus magistrales clases, donde la precisión y la claridad meridiana de los conceptos competía con el acendrado lenguaje; nunca olvidaremos su familiar gesto, porque detrás de aquel semblante, habitualmente severo, surgía su alma comprensiva y generosa, un alma que amaba a la adolescencia, confiada a su rectora custodia.

No pretenderemos documentar su vasta obra educacional y profesional, realizada en toda una vida de intensa labor en beneficio de esta su ciudad adoptiva, porque de ella se ha hecho eco la opinión pública y ha sido ampliamente valorada.

Lo que sí conceptuamos un deber destacar, para ejemplo de la juventud estudiosa, a la cual dedicó todos sus afanes, son sus grandes cualidades morales unidas a su férrea voluntad, su temple y tenacidad que jamás supo de flaquezas o transigencias, no reparando en sacrificios para el logro del noble objetivo perseguido.

Antes del año 1915, bregaba por la creación de la Universidad de Rosario; en 1920, su reiterada gestión, apoyada por otros catedráticos, culminaba con la creación de la Universidad Nacional del Litoral y la de nuestra casa de estudios.

La Escuela Industrial, anexa a la Facultad de Ciencias Matemáticas, su obra magna, es testimonio fidedigno y perdurable de sus desvelos, y las legiones de estudiantes, hoy profesionales, que a lo largo del tiempo se forjaron bajo su insuperable dirección, saben del esfuerzo abnegado y sin pausa, cumplido por este incansable

luchador para prestigiarla, elevándola a tal plano de superación que se la distinguió como una de las mejores escuelas industriales del país.

Hemos calificado al Ing. Laporte como gran maestro de la conducta y de la acción, porque esa fué su actitud ejemplar y permanente, en su larga y recta trayectoria de verdadero conductor de la juventud. Su penetrante inteligencia e infalible instinto de psicólogo sabía orientarla y enseñarle a pensar, a obrar bien, a huir de los intereses materiales o mezquinos que degradan la dignidad, en esa edad escolar donde el futuro ciudadano plasma su fisonomía moral, su hombría de bien.

Por esas razones, el Ing. Laporte fué de aquellos hombres superiores que supieron comprender el sentido humano y filosófico de la vida, e hizo de la suya un apostolado de la conducta y la acción, inspirado en los perdurables valores morales del hombre; porque el sublime ejemplo de las virtudes humanas constituye la única herencia, el verdadero legado del espíritu que se transfiere intacto y sin mácula a la posteridad.

Por todo ello, que la grandeza de sus virtudes sea suprema enseñanza y claro ejemplo; que su altruismo guíe nuestros pasos, y el de quienes nos sucedan, por el camino de la vida.

DISCURSO

del Ing. DELFO U. LOCATELLI

Vicedirector en Ejercicio de la Dirección de la
Escuela Industrial Superior de la Nación "Gral.
José de San Martín"



El nombre del Ingeniero Luis B. Laporte se halla ligado indisolublemente al de la Escuela Industrial Superior de la Nación "General José de San Martín".

Como la madre amante ve crecer junto a sí al hijo fruto de sus entrañas, vió Laporte crecer a su Escuela Industrial, fruto primigenio de esa enorme voluntad creadora que puso en todas sus empresas. Con el mismo cariño, con la misma dedicación, con igual desvelo atendió el Ingeniero Laporte los primeros pasos de la joven Escuela. Día a día, año tras año, década tras década consagró a su cuidado y desarrollo la mayor parte de su esfuerzo y lo mejor de su inteligencia.

Y la Escuela Industrial llegó a ser, gracias al infatigable luchador, la concreta realidad que hoy apreciamos los que en ella cumplimos nuestra diaria tarea: de enseñar y de aprender.

Fundada la Escuela Industrial en el año 1906 por Ley de la Nación N° 5612, debida a la iniciativa de un rosarino ilustre, el Diputado Nacional don Luis Lamas, inició sus cursos en 1907. Dos años después se hace cargo de ella el Ingeniero Laporte, primero como Interventor y luego como Director, función esta última para

la que fué designado por Decreto del 17 de Febrero de 1909 y que desempeñó hasta el momento de su retiro, en 1940, para acogerse a la jubilación.

La tarea de organizar la Escuela recientemente creada no fué fácil. A la falta de local adecuado para su funcionamiento, a la precariedad de elementos derivada de la insuficiencia de los fondos disponibles, se sumaba la tarea delicada y responsable de seleccionar al personal docente y la de suplir con el propio trabajo la escasez de personal administrativo. Pero a todo ello proveyó Laporte en años de acción entusiasta y tesonera. En 1915 la Municipalidad de Rosario escritura a favor de la Nación la manzana de terreno sobre la que se erigiría el actual edificio, pero recién en 1921 puede el gobierno de la Nación tomar posesión del mismo y en 1930 se habilitan las primeras secciones del edificio.

No tuvo quién os habla el privilegio de conocer, de ver actuar a Laporte en sus funciones de Director de la Escuela. Pero fácil resulta hacer de él una semblanza a través de los recuerdos, de las observaciones o referencias que aún hoy, a más de quince años de su alejamiento de la casa —de su casa— brotan a cada momento en las conversaciones de los viejos profesores y de los viejos empleados. Recia y noble debió ser su personalidad para que el devenir del tiempo no haya amenguado la admiración y el respeto por él sentidos.

No he de pretender siquiera esbozar una síntesis de la enorme labor desarrollada por Laporte en favor de la Escuela, pero sí quiero destacar que en todas las circunstancias se manifestaron en su plenitud las nobilísimas dotes que le adornaban: su energía inquebrantable, el sentimiento del deber y la honradez, ligados a una fuerza de ánimo no común. Fueron proverbiales su permanente actividad, su dinamismo eficaz, claro y sabiamente dirigido, su inteligencia orgánica y profunda y la lucidez de las ideas que se reflejaban en decisiones rápidas, sintéticas, nítidas. Parco, sin ostentaciones, trabajador silencioso, como corresponde a los espíritus selectos y a los hombres de verdadero mérito, sumaba a esos merecimientos un carácter firme y leal, digno del hombre de bien que fué

el Ingeniero Laporte.

Como profesor Luis B. Laporte fué un espíritu analítico y racionalista; perteneció a la escuela de los que practican la enseñanza por la palabra y por los desarrollos analíticos precisos y así su tendencia era la de los eslabonamientos lógicos en que no dejaba resquicio alguno que permitiera la penetración de la duda. Sus mejores jueces, sus ex-alumnos, —técnicos e ingenieros de hoy— lo juzgan como a uno de sus más eficaces profesores.

En la larga jornada cumplida —treinta y tres años de brega ininterrumpida en las funciones directivas y docentes— ha dado a nuestra Escuela una suma realmente excepcional de esfuerzo que por lo tesonero, inteligente y fecundo compromete definitiva gratitud a su memoria.

Este argentino batallador y áspero a veces, debió irse a la región del más allá, serenamente, con la íntima satisfacción de ver realizadas sus patrióticas aspiraciones, sabiendo que dejaba un jalón más en la ruta del progreso de su país. Ha quedado de sus afanes la Escuela que él engrandeció y fortaleció. Su ejemplo debe servir de inspiración a las jóvenes generaciones, pues son los varones de su estructura y talla moral quienes constituyen la reserva a la cual la patria ha podido siempre acudir sin ver defraudadas sus esperanzas.

En este día en que sus restos son depositados en la morada definitiva que el reconocimiento público le ha asignado, la Escuela Industrial, rindiendo tributo a sus virtudes y a los servicios prestados, deposita en su féretro la palma simbólica del permanente homenaje a su recuerdo.

DISCURSO

del Ing. PEDRO J. CRISTIA
en nombre de las Instituciones

El tiempo, gran actor de la Humanidad, va encargándose de ubicar a los hombres y a las cosas en su verdadera posición y proporción.

Quienes ocupamos, hoy, la posición de empresarios, hombres —desparramados por los ámbitos del país— crean empresas, organizan instituciones y desarrollan la riqueza nacional, y que, al mismo tiempo, tuvimos la oportunidad de conocer al Ing. L. B. Laporte. no podemos menos que recordar su figura y su acción, en cada empresa, en cada organización, en cada creación.

Eso, fué el Ing. Laporte, un hombre de empresa, un creador; su empresa LA ESCUELA INDUSTRIAL DE LA NACION, su creación: todo el conjunto de normas, programas, planes de estudio, la disciplina, la jerarquía, el espíritu que imperaban en ella.

Puso en su empresa no sólo su capacidad —que fué extraordinaria— sino la fe y la pasión de todo creador, de todo hombre de empresa; por ello fué combativo y combatido. Los que entonces pasamos por las aulas de SU ESCUELA, sí de SU ESCUELA, le discutimos muchas, muchas veces, el derecho a manejarla como lo hacía, y, en nuestra juventud lo hacíamos furiosamente.

Hoy, cuando con orgullo decimos que somos hombres de empresa, cuando pretendemos ser también creadores de alguna obra, actuamos en ella, como él lo hacía en la suya, con fe; con pasión, cuidándola a nuestra manera porque es nuestra obra, como él cuidaba la Escuela Industrial a su manera, porque era su obra: y... la cuidaba bien.

Ing. Laporte; quienes recorremos el país procurando unir en una organización libre a todos los hombres de empresa del país, vemos en todos los rincones de la patria, algo de su tarea; la Escuela Industrial, SU ESCUELA, desparramó técnicos por todas partes, casi podemos afirmar que no hay taller, fábrica, empresa de importancia donde no se encuentre un alumno de SU ESCUELA, y ese alumno guarda el más profundo respeto y el más emocionado recuerdo por el gran Director que tuvo.

Ing. Laporte; cuando alguno de nuestros hijos —que hoy ocupan asientos en Escuelas Secundarias— protestan como nosotros entonces, se nos alegra el corazón: la rebeldía es una virtud en los muchachos y, sin decirlo pensamos y deseamos que encuentren un Ing. Laporte que les haga frente, que se coloque de tutor, que los guíe y que les enseñe como Ud. lo hizo con nosotros.

Los que somos hombres de empresa, los que sentimos nuestras empresas como una obra nuestra, venimos hoy a decirte —perdón por el tú, que nunca nos hubiéramos atrevido a usar antes— esa Escuela, nuestra querida Escuela Industrial es TU ESCUELA, Laporte; ojalá que en todo el país haya hombres que sientan el cargo como vos sentías el tuyo, que pongan en él la honradez mental y material, la fe en la obra, la pasión en la acción y la contracción en la tarea que tú ponías en la tuya.

No sé si me escuchas, pero te digo, que en un rincón de nuestro corazón está tu recuerdo y te estimamos y respetamos cada día más.

DISCURSO
del Capitán de Fragata **CARLOS F. RUFINO**
en nombre de los Amigos



Amigo nuestro:

En el decurso sereno de tus horas dormidas en el eterno reposo, la reciedumbre de tu personalidad ha ido perfilándose en nuestro recuerdo, simbólicamente semejante a un imponente faro que, apartándose de la tierra que lo contiene, recorta contra el cielo su pétrea arquitectura.

Y desde allá, desde tu inmóvil horizonte penetrado de tiempo, distancia y silencio, vuelves hasta nosotros por tu propia ruta de luz.

Así te conocimos tus amigos, en cuyo nombre te hablo y te brindo este emocionado recuerdo.

Así te conocimos, vertical en la vida, vertical bloque de granito, incommovible faro coronado por el deslumbrante fanal de tu inteligencia privilegiada, cuyos destellos horadaron sin pausa, las tinieblas de la ignorancia y las nieblas del error.

Conocimos también el destello de tu ideal que, en el vuelo irrefrenable del pensamiento, cristalizó siempre en magníficas realidades, cimentadas en el obstinado brillo de tu tesón.

El ardiente haz de luz de tu esperanza en el porvenir de la adolescencia estudiosa, por la que luchaste con tus más puros afanes, encendió la lámpara votiva cuya llama iluminará tu nombre, para siempre vivo, en las aulas honradas por tu paso.

Y el lineal destello del oro puro, sin aleaciones, incorruptible, subrayó día tras día tu cotidiana labor.

El sincero fulgor de tu amistad fué cálida lumbre, solidaria y fraterna, que tus amigos añoramos con nostalgia.

Y fuiste, por sobre todo, llama viva de tu hogar, alumbrando la íntima tibieza de tu amor a los tuyos, el tránsito a la vida de tus hijos y el sendero que siguieron, firme, limpio y recto, guiados por tu estela y al amparo de tu luz.

Así surges de la callada fuente de nuestros recuerdos, como faro enclavado entre la tierra y el cielo, alumbrando todos los caminos que convergían en tu vida múltiple para ser rumbo de los desorientados, alerta vigía de la juventud, severo centinela de los legítimos intereses de este querido Rosario, tu ciudad de adopción; fuiste atalaya de la Patria. Fuiste luz en la luz.

Así te conocimos tus amigos, los que en reverente recordación, quisimos que esta morada cobijara tu cuerpo yacente, como poster homenaje a tu memoria.

Pero desde tu otra morada ultraterrena, morada abierta a la eternidad en la que habita tu alma, podrás serenamente contemplar tu propia luz, que no se extinguió con tu muerte.

Tu luz admonidora que, trascendiendo su continente mortal y dilatando su haz en la vastedad del infinito, llega, henchida del ejemplo inolvidable de tu vida, a continuar irradiando tu mensaje en la tierra: lealtad a la justicia, al bien y a la verdad.

Tu obra está lograda!

Tu antorcha, encendida!

Reine en ti la paz!

DISCURSO

del Ing. CARLOS ISELLA

en nombre de la Asociación de Ex-alumnos de la
Escuela Industrial Superior de la Nación "Gral.
José de San Martín"

◆

Se ha dicho que el sentimiento es, de los atributos de la naturaleza humana, el que mejor perfila en su superioridad y adquiere caracteres más encomiásticos cuanto más se desvincula de materialidades y de egoísmos.

Consecuentemente la gratitud y el recuerdo alcanzan su forma más excelsa al ajustarse a esas normas y su culto bien inspirado, coadyuva a formar la personalidad de las colectividades, que se inspiran subconcientemente en el pretérito para modelar sus pensamientos y sus actos del futuro.

Por ello estamos aquí los ex-alumnos que fuéramos del Ing. Luis B. Laporte, en cuyo nombre hablo, para rendirle el homenaje y reiterarle nuestro afecto.

No me es difícil tarea cumplir con la misión encomendada para que los represente en este acto de homenaje y recuerdo al Ing. Laporte, pues su rica y abundante biografía, que ha estado a cargo de los oradores que me han precedido, demuestra con brillante luz su paso por la vida y sobre todo cuanto penetro en el campo de la instrucción secundaria y superior y nos hace ver el surco bien marcado de su saber, de su pericia y de su cultura integral.

Conocí al Ing. Laporte en los comienzos del año 1910, hacen cuarenta y cinco años, allá en el año del centenario de nuestra gesta libertadora, en ocasión de mi ingreso a la Escuela Industrial de la Nación, de la que él era su Director, cuando también nosotros nos emancipábamos del tutelaje de la escuela primaria.

Esta transición del estudiante primario a secundario, trae aparejada un desequilibrio disciplinario y la libertad que se nos concedía nos creaba un clima de rebeldía que atentaba contra la buena marcha de nuestras orientaciones. Profesores y celadores no podían con nosotros; solamente una persona era capaz de cortar de cuajo esas actitudes nuestras, y esa persona era el Director, Ing. Laporte que, con su sola presencia infundía respeto sin ejercer el rigorismo de su alta autoridad.

Es que considerábamos a nuestro Director colocado en un plano tan superior, que creíamos nunca poder alcanzar. Y no estábamos equivocados, a pesar de nuestra juventud, pasaron los años y hombres maduros ya, teníamos de él el mismo concepto, la misma admiración, no lo habíamos alcanzado, siguiendo el mismo camino.

Sus clases eran un modelo; tranquilo en la exposición, incisivo en el concepto, claro en el lenguaje, ordenado, metódico, en fin era un didacta.

Enemigo de abordar los problemas por el camino más difícil, cosa común en aquellos que quieren deslumbrar con su ciencia, por el contrario, las soluciones sencillas condicionadas a la práctica, eran de su predilección. En todo él predominaba el sentido común. Por ello desconfiaba siempre de las innovaciones que no tuvieran la sanción de una probada experiencia. La teoría siempre la tomaba con beneficio de inventario. Cuántas veces nos hacía volver, después de un intrincado desarrollo matemático, a las bases del problema, para demostrarnos que todo lo que habíamos construido con minuciosidad matemática no tenía base firme y estaba fuera de la realidad.

Caballero en las justas del estudio, transmitió a cuantos le

demandaron generosamente la luz de su saber, que había abrevado en las verdades de la ciencia y del trabajo, que, cual Sol interno alumbraba con claridad su espíritu.

Tolerancia prudente y voluntad sin desmayos fueron sus atributos que trascendían entre sus colegas y alumnos como trasciende su caricia el rayo de la aurora cuando brilla en un firmamento despejado y limpio.

Por ello su espíritu no se ha sumergido en las eternas regiones del olvido, ni en las sombras temblorosas de los tiempos, y continúa ejerciendo su influencia intangible, mientras su alma se diluye en la melancólica imagen del recuerdo y es símbolo y bandera de los deberes cumplidos. Continúa por las sendas de la añoranza acrecentando los valores que conquistara en el curso de su ejemplar existencia.

Fué ejemplo de austeridad, de honor y de trabajo.

DISCURSO
del Cont. E. OSVALDO FONSO
Secretario de la Comisión de Homenaje

◆

La Comisión de Homenaje a la memoria del Ing. Luis B. Laporte, cuya voz traigo a este acto tan profundo en su recogimiento como elevado en su significación, da hoy pleno cumplimiento al mandato que recibió el día 1º de junio de 1951, en la Asamblea realizada en la Facultad de Ciencias Matemáticas de la Universidad Nacional del Litoral.

Si bien es cierto que tuvo la grave responsabilidad de honrar a una figura rectora, su tarea fué fácil porque siempre contó con la invariable colaboración del pueblo, traducido en los actos de sus gobernantes, de sus instituciones, de sus fuerzas vivas, de su prensa y radiodifusoras, actividades múltiples que anima ese pueblo a quien Laporte prodigó sus afanes y a cuyo servicio puso siempre su dinámica de luchador incansable y de patriota ejemplar.

Y así hoy llevan su nombre una Escuela, forja grata a los mañes del maestro; una calle a la que anima el río, en cuyas aguas trabajó y fueron dóciles a su ciencia; la biblioteca de la Facultad de Matemáticas y de su Escuela Industrial anexa, testigos elocuentes de cómo en su labor silenciosa y visionaria, proyectaba la República hacia el porvenir.

La ciudad y el pueblo también estuvieron presentes en la realización de este mausoleo que guardará sus restos, y como si ambos en la serie de homenajes tributados, hubieran querido brindarnos sus sentimientos más íntimos, lo que se sueña y vibra en el alma, tuvimos la desinteresada colaboración de los arquitectos que proyectaron y dirigieron esta obra, sobria y clara como fué la vida de quién, en la muerte, compartirá su eternidad de mármol y de bronce.

Recibimos la inspirada voluntad del artista que al ejecutar su busto, logró perpetuar el sereno perfil y la mirada firme y penetrante, trasunto de una conducta insobornable. Llegó hasta nosotros el generoso concurso de escritores, poetas y oradores que en la hondura del verso o en la prosa encendida, destacaron la personalidad de quien, silenciosamente, laboró para sus semejantes con la modestia fecunda del realizador.

Y la materialización de los homenajes adquirió significado trascendente cuando con empeño y cariño las manos laboriosas del personal de la Escuela Industrial y de sus alumnos intervinieron en la ejecución de las obras realizadas o en trabajos de oficina, testimonio evidente de que la gratitud y el recuerdo hacia el gran amigo de la juventud, va calando profundo en el devenir de los años y se apodera del espíritu de las generaciones.

Muchas gracias, pues, por el apoyo inestimable a ese conjunto de nobles voluntades que simboliza el pueblo.

Es él quien ha rendido a uno de sus hijos dilectos el tributo de su admiración.

Es también el Presente, vivo y palpitante que hace llegar su voz al Futuro, señalándole al paradigma, al que se dió por entero a sus semejantes y que dejó, como herencia, una página que fortalece las esperanzas; que consagra al deber como fuente de perfección y de felicidad; que muestra el esfuerzo del luchador por llegar a la cumbre, sabiendo que el fracaso no está en caer sino en permanecer caído.

Una página que nos enseña que el trabajo forma la conciencia de nuestro propio valer, y hasta el más humilde es fuente de bien-

estar porque nos eleva material y espiritualmente; que nos dice que la injusticia engendra el odio y es levadura propicia para todos los desmanes; que sólo la armonía entre los hombres es fecunda como el surco, hermosa como el arte, sagrada como la libertad.

Una página donde hay un himno a la patria, a la escuela y al estudio; donde se proclama a la conducta en la vida como centinela de nuestra dignidad frente al temor, a las seducciones, a las inconsecuencias; donde, en fin, encontraremos que la educación debe ser integral y ninguna disciplina privar a expensas de otra a fin de alcanzar por el constante equilibrio de las fuerzas, de las aspiraciones y de los sentimientos que mueven al hombre, la ruta que la humanidad viene buscando anhelosa sin comprender aún que su porvenir será tal como seamos cada uno de nosotros.

Esta es la maravillosa página del maestro. La admirable síntesis; el testamento que iba surgiendo a nuestros ojos cuando ahondábamos en su vida para escribir su biografía.

Allí encontraremos su lección cotidiana, como en la cátedra, como en su retiro, como aquí mismo, pues si un día buscamos orientación frente al silencio de esta tumba, tengamos la seguridad de que nos ha de responder su ejemplo.

E. OSVALDO FONSO

LUIS BERNARDO LAPORTE

SU VIDA Y SU OBRA

1

Nació en la ciudad de Buenos Aires el 7 de junio de 1879. Fueron sus padres don Pedro Laporte y doña Juana Luisa Minvielle, de origen Francés.

Sus estudios primarios, secundarios y universitarios los hizo en la ciudad natal, obteniendo el título de Bachiller en el Colegio Nacional Central y el de Ingeniero Civil en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

En 1909 contrajo enlace en la ciudad de Rosario con doña Adela Sallovitz. Son sus descendientes el Dr. Luis Pedro, Adela L. Laporte de Badi e Ileana J. Laporte de Brebbia.

Falleció el 25 de abril de 1951 en la ciudad de Rosario.

Como la de muchos argentinos ilustres, modesta fué su cuna. Tuvo en su hogar la escuela que enseña a elevarse por méritos propios en un afán cotidiano de superación. Sus padres, seguramente, lo indujeron a que desarrollara sus aptitudes en potencia y fué así como se descubrió a sí mismo y como comprendió que, mediante el estudio y el método, la constancia y el orden podría ser útil, alguna vez, a la patria y a la colectividad.

La lucha en el trabajo lo endureció desarrollando en el adolescente la confianza en sí mismo y dándole base para la seguridad en el triunfo.

Empezó a vivir tempranamente las realidades de la vida y por eso fué precoz y ganó en años y en experiencias lo que no pudo gozar en regalada comodidad.

Sabía que nada se consigue sin esfuerzos y de ahí que fuera buen hijo, buen alumno, buen maestro, buen padre y buen patriota.

No tardó en adquirir esa personalidad vigorosa que lo acompañaría hasta la tumba y que tanto se ha recordado.

Por coincidencia o porque el destino ya había fijado su cami-

no, fué componente de la Asociación de Estudiantes de Ingeniería denominada "La línea recta", esa misma línea recta que seguiría siempre, aún cuando tal norma de conducta le originara amarguras y sinsabores.

En esas inquietudes estudiantiles se perfiló el dirigente que más tarde gravitaría en la formación de generaciones que darían al país los frutos de las enseñanzas recogidas.

Ya en el año 1901, época en que todavía la juventud estudiosa no se organizaba como actualmente para colaborar con la casa que le impartía el saber, y hacer de ella el centro de las actividades vinculadas a su carrera, Laporte conocía la importancia de fomentar el espíritu de unión y confraternidad entre los estudiantes; estimular el estudio de las asignaturas de mayor interés práctico; realizar la publicación de apuntes y editar una revista técnica; formar una biblioteca especializada y establecer una cooperativa; crear un fondo especial para los estudiantes pobres y dar conferencias relacionadas con las materias más importantes de la especialidad. Estos puntos que eran las principales bases de la referida Asociación, fueron sostenidos con la gallardía propia de los años mozos y quizás se debió a ello que se le designara "Vice Presidente de la Comisión Redactora de la Revista Politécnica".

Desde luego que el ascendiente adquirido sobre sus compañeros no era únicamente por compartir con ellos tan nobles inquietudes.

Era su inteligencia, despierta siempre para la solución de los problemas, ese dinamismo pujante y contagioso que arrastra y entusiasmo derrumbando a su paso la apatía y el desaliento hasta culminar en la obra que un día apuntó en la mente, cobró forma y fuerza y cristalizó para beneficio de la colectividad.

En el orden educacional véanse las obras a las que estuvo directamente vinculado: la Escuela Industrial Superior de la Nación "General José de San Martín"; el edificio monumental que ocupa la misma y la Facultad de Ciencias Matemáticas; la propia Universidad Nacional del Litoral a cuya creación tanto contribuyó, propugnando tesoneramente por la Facultad de Ingeniería en Rosario,

apenas llegado a esta ciudad en 1909.

Pero hay algo más todavía. Por esa condición innata que ilumina y fija derroteros a los espíritus superiores, sabía que poco se logra si no se enseña con el ejemplo.

Si sus condiscípulos le escuchaban y le respetaban en sus juicios es porque se había ganado con el estudio el afecto y la admiración de sus profesores.

Alumno sobresaliente, sus exposiciones fueron siempre magistrales. De ahí que al graduarse de Ingeniero Civil en la Facultad de Ciencias Exactas de Buenos Aires, concurrida por los estudiantes más aventajados que egresaban de las escuelas secundarias y especializadas de la República, y recibir la medalla de oro a que fué acreedor, los diarios de la época destacaron que "durante sus estudios de Ingeniería Civil, de treinta y seis materias rendidas obtuvo en treinta y cuatro, diez puntos y nueve en dos, colocándose por tal motivo a la cabeza de todos los estudiantes de su curso".

Justificaba así las esperanzas y la acertada resolución de quienes lo designaron cuando apenas contaba 19 años de edad, "Miembro del Congreso Científico Latino Americano" reunido en Buenos Aires en 1898 y que presidió el Dr. Angel Gallardo, otro gran maestro de la juventud argentina.

Vemos así como se cumplió en Laporte aquella sentencia del libro de los proverbios:

"El hombre seguirá el camino de su adolescencia y de él no se apartará ni aún en los días de su ancianidad".

Con tan honrosos antecedentes era lógico que los servicios del recién egresado fueran requeridos de inmediato por el Gobierno de la Nación.

El Ministerio de Obras Públicas lo destinó, el 24 de abril de 1903, a la ciudad de Rosario donde integró el cuerpo técnico encargado de la fiscalización de las obras de nuestro puerto, que llegaría

a ser el primero del mundo en la exportación de cereales.

El Ingeniero A. Piaggio, que era Jefe de la Inspección, lo distinguió de inmediato y de ahí que propusiera el ascenso que lograra al poco tiempo.

Para ello hubo una razón, desapercibida para muchos quizás, Sería la misma que tanto enaltecieron su labor y sus proyectos.

Laporte no sólo se ajustó con leal dedicación al estricto cumplimiento de sus deberes.

Sabía que, por encima del cargo burocrático, había sido llamado como los demás agentes del Estado, para inspirar y mover la vida de la República.

Trabajaría entonces con unción patriótica. No importa que fuera el soldado desconocido del ejército civil de la Nación. Mejor así porque sería la pieza escondida, la de humilde función, aquella que la Patria ve con simpatía, porque sabe que le ayuda como todas las demás a mover el complejo mecanismo que la impulsa hacia el progreso.

Ahí ya tenemos netamente perfilado al hombre que continuaría su camino despojándose siempre del "yo", tratando de eludir las demostraciones donde pudiera mencionarse su obra, y diciendo al agradecer las que finalmente aceptaba, que el homenaje recaía sobre sus colaboradores, sobre sus ex-alumnos, sobre sus superiores.

Desde su primer cargo comenzó enalteciendo la función pública por su contracción al trabajo, por su capacidad, por su espíritu de iniciativa, por su irreprochable vida privada.

El río es el "camino que anda", y en el mejor aprovechamiento de esos caminos la República Argentina ganaría en vías de comunicación, facilitaría la mejor comercialización de sus riquezas, y permitiría el desarrollo y prosperidad de vastas regiones aún inexploradas.

No hay duda que al principio del siglo todo argentino bien inspirado tendría esos mismos pensamientos.

Laporte vió en la habilitación de puertos la gran solución para

vitalizar nuestro comercio y fomentar nuestras industrias.

Por otra parte nuestro extenso litoral marítimo y nuestros ríos caudalosos le estaban indicando la importancia de nuestra propia marina mercante para asegurar nuestra posición económica y poder transportar con libertad nuestros productos.

No es de extrañar, entonces, que le entusiasmaran todas esas obras de alta ingeniería, y que en 1906 lo veamos formando parte de la Comisión de Estudios del Canal de La Plata a Buenos Aires, y ampliación del Puerto de Buenos Aires y de Bahía Blanca.

Tan inestimable habrá sido su concurso, su celo y la capacidad de trabajo que siempre lo distinguió, que en 1907 fué designado Ingeniero Director de las obras del Puerto Nuevo de San Nicolás.

Debió gustar en los afanes de esa obra el sentimiento que gravita sobre quienes tienen la responsabilidad de llevar con éxito la misión encomendada.

Y también debió gozar la satisfacción del que escala tan alta posición, no merced a favoritismos, repugnantes al orgullo de quien viene jalonando por méritos propios una brillante trayectoria, sino por su condición de técnico capaz, experimentado y laborioso, por su reconocida especialización en materia de puertos y canales.

Pero volvamos a su permanencia en Rosario porque es interesante conocer el porqué de su cariño para nuestra ciudad.

En los tiempos en que la mayoría se resistía a salir de la gran Capital, y que muchos del interior anhelaban instalarse en ella, Laporte viajó con el convencimiento de que un argentino es útil donde su patria lo destina.

Rosario le ganó el corazón porque era como él, hija de su propio esfuerzo.

Y porque ambos hablaban el mismo idioma rápidamente se comprendieron.

Por ello al regresar le dió las mejores luces de su inteligencia; por su prosperidad sacrificó sus horas de descanso; luchó por su alto nivel cultural y por su industria; contribuyó a todas sus obras

de asistencia social; vinculó su nombre a numerosas instituciones brindándoles su excepcional capacidad de organizador y por sobre todo tuvo para Rosario un pensamiento que debemos agradecerle: creyó en ella, vió su porvenir insospechado para muchos, y sin haber nacido en su suelo proclamó siempre que el tesón y el espíritu de empresa de sus hijos era el nervio de su empuje incontenible.

De que la descollante actuación del joven profesional trascendió los límites del Ministerio de Obras Públicas de la Nación, lo dice el llamado que le hizo el Ministro de Instrucción Pública, Dr. R. S. Naón, para ofrecerle un cargo de alta responsabilidad y confianza, para cuyo desempeño se necesitan aptitudes especiales, voluntad, cariño y un gran espíritu de comprensión.

En ese cargo Laporte mostraría otra de las múltiples facetas de su talento.

El organizador surgió en él con la espontaneidad de las cualidades que viven en nosotros y que sólo necesitan ocasión para manifestarse.

Ponerse al frente de una escuela técnica recientemente fundada para darle la verdadera organización que la misma requería, enderezarla y jerarquizarla para que la juventud de Rosario y su zona de influencia pudiera seguir los estudios que reclamaban su disposición para las carreras industriales, hacer conocer los beneficios que estas especialidades significarían para la población, máxime cuando sus actividades eran de índole netamente comercial, fué empresa ardua y que exigió condiciones sobresalientes para hacerla triunfar.

Se tendrá una idea de los obstáculos que debieron vencerse, si recordamos el siguiente comentario aparecido en el diario "La Capital" del 1º de enero de 1914 que dedicó a la Escuela una página con los siguientes titulares: LA ESCUELA INDUSTRIAL DE LA NACION - MISION TRASCENDENTAL QUE CUMPLE EN ROSARIO - SU IMPORTANCIA ACTUAL Y SUS PROGRESOS - AMPLITUD Y ALCANCE EDUCACIONAL DE SUS SISTEMAS TECNICOS.

Al tratar de los "Primeros pasos", decía: "fué en efecto desde " los comienzos de las gestiones tendientes a dotar a Rosario de una " Escuela Industrial, una lucha acentuadísima la que se inició entre " los auspiciadores decididos de la idea y los que sin deseos de " servir bien a los intereses de esta ciudad, colmaron la medida de " la indiferencia y de los exclusivismos en favor de cualquiera " otra obra que no tuviera por fin provocar un progreso sensible " en esta ciudad. Hasta para conseguir que se estableciera en forma " autónoma, siempre dentro de su carácter de dependencia nacional, nuestra actual Escuela Industrial, hubo que vencer las resistencias más enojosas".

No obstante la falta de fondos y de espacio, Laporte le dió a la Escuela una fisonomía propia de sus actividades: pronto fué una fragua de trabajo, adquirió el clima de una fábrica.

Sabía que la República debía encarar la etapa de su industrialización, y con la fe de un cruzado, comprometido en obtener la autarquía de su patria en un campo de tal magnitud, empezó a formar el potencial humano para la capacitación técnica del país.

No importa que hubiera que crearlo todo. Organizar y equipar adecuadamente los talleres; seleccionar el personal docente; formar el personal auxiliar; suplir con el propio trabajo la falta de personal administrativo; interesar a los poderes públicos para obtener material de enseñanza y un edificio adecuado y despertar a una ciudad que no era la suya, pero a la que amaba como si lo fuera, para que contemplara la nueva aurora que se levantaba en el horizonte argentino, para decirle que la industria multiplicaría el progreso que el comercio daba al Rosario, y que nuevas y prometedoras actividades reclamaban ya el esfuerzo de sus hijos.

Pensemos que, actualmente la labor de nuestras Escuelas Industriales es relativamente fácil, por cuanto la industria, con su acelerado proceso dinámico, le está señalando el camino a cumplir, aventajándola en las aplicaciones por la continua modernización de los equipos, que la Escuela no puede renovar con igual prontitud.

En los tiempos que comentamos —primera década del siglo— eran en cambio los establecimientos de índole técnica especializa-

da los que, mediante sus egresados, daban nacimiento a las industrias.

Por eso la obra de Laporte es digna de todo elogio.

Tuvo una visión acertada de la necesidad de dar industrias al país, pronóstico que debía confirmarse muy pronto al estallar la guerra del catorce.

Fundada la Escuela Industrial en el año 1906, por la Ley N° 5612, inició sus cursos en 1907 haciéndose cargo de ella el Ing. Laporte dos años después, primero como Interventor y luego como Director, función para la que fué nombrado por Decreto del Poder Ejecutivo Nacional fechado el 17 de febrero de 1909.

Con motivo del homenaje que se le tributó al Ing. Laporte al cumplir sus bodas de plata al frente de la dirección de la Escuela, "El Litoral" de Santa Fe dijo en su edición del 10 de mayo de 1935:

"Al ex-Ministro de Instrucción Pública Nacional, doctor Rómulo S. Naón, le debe Rosario tres cosas buenas: haber construido el edificio de la Escuela Nacional de Comercio, fundado la Escuela Normal de Maestras N° 2 y traído al Ing. Laporte para el cargo que aún ocupa."

Pensemos un instante en la obra múltiple de Laporte, cuyo significado es de trascendencia nacional, y veremos cuán beneficioso fué tenerlo con nosotros.

Enfrentando la realidad de un futuro muy próximo, Laporte fué preparando el ambiente propicio para nuestro despertar industrial.

Instintivamente y con esa rapidez de análisis que dan las disciplinas matemáticas, se dió cuenta que tenía en la Escuela Industrial el principal punto de apoyo para dar vida a su empresa.

Llevaría la enseñanza industrial por nuevos y fecundos caminos y trabajaría con método y obstinada perseverancia para obtener los objetivos propuestos.

Estudioso incansable conocía cómo habían llegado a superar

la etapa inicial de sus industrias algunas naciones progresistas.

Los futuros egresados de la Escuela serían los mejores heraldos del futuro fabril argentino.

Más todavía. Serían ellos los que, en un mañana cercano se pondrían al frente de nuestra industria que nacía bajo la dirección y el cuidado de manos extranjeras como había tenido oportunidad de comprobarlo en los ferrocarriles, puertos, fábricas, usinas, construcciones y talleres.

Del mismo modo a que aspiramos formar nuestra nacionalidad, entendió que las industrias se consolidarían mejor en nuestro suelo si fueran argentinos sus expertos, sus jefes, contra maestres y capataces.

El extranjero, como es lógico, sólo vería el rédito del capital invertido. Desaparecido éste la industria también desaparecería.

En cambio el argentino lucharía porque en la empresa estaban comprometidos no sólo los intereses pecuniarios, sino fines altamente sociales y patrióticos.

Con estos pensamientos rectores se dió a la tarea de formar técnicos.

Si partimos de la premisa que el éxito de estas escuelas técnicas se asegura fundando las mismas en zonas fabriles, pues se facilita el contacto del educando con el ambiente donde ha de actuar, facilitando su enseñanza y dando a ésta el rumbo más conveniente, imaginemos la tarea que le tocó cumplir a Laporte en aquella época y en un medio huérfano de tales actividades.

Y si tuvo éxito es porque vivió la aspiración constante de ver cómo la economía de la Nación se fortalecería con las industrias, porque organizó con sabiduría y prudencia para que su obra adquiriera solidez en el porvenir, porque hizo que la esperanza levantara los corazones.

Y si ante los escollos sus sueños no fracasaron, es porque también tuvo el tino de reservar, en lo profundo, un rincón para las desventuras.

Cuando el Ing. Laporte empezó a dirigir la Escuela en 1909, ingresaron a la misma 28 alumnos, igual cantidad que en 1907, época de su inauguración.

Rápidamente comprendió que era indispensable inculcar en la población conceptos claros sobre los beneficios de las carreras técnicas, demostrándole que seguir una sola corriente de iniciativa, como era dedicarse exclusivamente al comercio, limitaría necesariamente sus horizontes y comprometía su adelanto.

Se vinculó para ello a las instituciones más representativas de la ciudad, de cualquier índole que ellas fueran, y buscó el apoyo de la prensa.

Su prédica dió de inmediato los mejores frutos. En 1910 se obtuvo un ingreso de 55 alumnos, lo que significaba doblar la cantidad primitiva y ya en 1913 el ingreso fué cuatro veces mayor.

Sin embargo, conviene destacar que esta afluencia se debió también a que paralelamente con su prédica agitó una idea que más tarde representaría para Rosario uno de sus más altos exponentes de cultura: la Universidad.

No olvidemos que como porteño, como profesional, como miembro que había sido de agrupaciones estudiantiles universitarias y participante de un congreso científico, Laporte era un convencido de la enorme influencia que en el ambiente ejercen tan nobles actividades de la ciencia, del trabajo y del espíritu.

Quizás cuando se vinculó a los centros educacionales, pudo enterarse que no habían faltado tentativas para subsanar la omisión. Lo cierto es que, desde el primer momento, se interesó por la creación de una Facultad de Ingeniería en nuestra ciudad.

Dos propósitos fundamentales, lógicos e igualmente plausibles debió tener el joven y flamante director para propugnar el funcionamiento de un instituto de tal naturaleza.

El primero para asegurar la continuación de los estudios de los egresados de su Escuela.

Este primer propósito tenía su importancia. Recordemos que

el intercambio de productos constituía la fuente de los ingresos de Rosario. El campo, el puerto y el ferrocarril eran las principales columnas de su economía.

Demás está decir que la organización fabril que surgiera años después, no existía.

Se justifica entonces que los padres que podían costear a sus hijos estudios secundarios, los orientaran hacia el Colegio Nacional o hacia la Escuela de Comercio. Se prefería el doctor o el contador al ingeniero.

Pensando en el porvenir, esos padres debían contemplar también que, una vez egresado el hijo de la Escuela Industrial, se encontraría frente a estos problemas: la ocupación era tanto más difícil por el estado incipiente de la industria; para obtener el título máximo debía enviarlo a Buenos Aires o a Córdoba. Estas razones y sobre todo la necesidad de tales viajes, hacía que los hogares entendieran como más acertado orientar la juventud hacia profesiones como las del médico, el abogado o el contador.

En cambio con la Facultad de Ingeniería en Rosario, se le aseguraba al egresado la continuación de sus estudios y un título de jerarquía como justa pretensión a sus esfuerzos.

El segundo propósito era levantado en su origen y propio de las dotes intelectuales de Laporte.

Con institutos de enseñanza universitaria, Rosario sufriría una profunda transformación.

Si bien la honraba el símil, no sería únicamente la Chicago Argentina, como se la llamaba.

Ansias de superación, inextinguibles, prenderían en sus entrañas y entonces sería también el Rosario que enseña y que investiga, que en feliz comunión hermanaría su tráfico, al canto de las fábricas, a las incitaciones del arte y al reclamo de la ciencia, para que sus hombres, junto con sus riquezas, obtuvieran también los dones de la sabiduría, fuente inagotable de libertad.

Debe ser aliento y satisfacción para los rosarinos que personas

como Laporte, ajenos a nuestro medio, se preocuparan tanto por el futuro de nuestra ciudad.

Aliento porque nos estimula a luchar por el progreso de la tierra que nos vió nacer; satisfacción porque nuestro trabajo honrado despertaba la admiración extraña, que nos daba generosamente su mano para ayudarnos a subir hasta la cumbre a la que el destino nos impulsa.

Este empeño le demandaría años de intenso trabajo al gran amigo de nuestra ciudad.

Hemos tenido a la vista una sintética relación de todos sus esfuerzos, que se concretaron en gestiones directas a partir del año 1911 y con motivo de un discurso pronunciado en el teatro "La Opera" (hoy "El Círculo") por el Dr. Manuel Carlés.

Año por año hasta 1919 refiere sus diligencias.

Entrevistas, notas, sueltos periodísticos, reuniones, a todos los medios apeló Laporte para ver triunfar sus aspiraciones.

Sabiendo que las obras destinadas al bienestar del país deben tener el apoyo de los legisladores sin distinción de partidos y regiones, interesó a los senadores y diputados de todas las tendencias, como así también a magistrados e intelectuales que podían influir en la aceptación de sus proyectos.

Es así cómo en esa apretada síntesis cronológica, desfilan personalidades a las cuales llevó sus proyectos, que posteriormente amplió incluyendo también la Facultad de Medicina.

En esa síntesis se hace referencia a dos circunstancias que demuestran en Laporte un celoso propulsor de la creación de la Facultad de Ingeniería en Rosario, y que conviene destacar.

El 26 de junio de 1915 da una conferencia en la Escuela de Comercio el Dr. Joaquín V. González, quien viene también a Rosario por encargo del Dr. Cullen para estudiar la preparación de un proyecto de Universidad en Santa Fe. Como anuncia que en ese proyecto no piensa incluir la Facultad de Ingeniería, Laporte le escribe ampliamente para fundar la necesidad de tal creación.

Igual cosa hace en el año 1919 con el diputado Dr. Carlos Melo, cuando éste pide la supresión de la citada Facultad al discutirse en la Cámara el proyecto del Diputado Jorge R. Rodríguez, a quien Laporte ya había entrevistado en diversas ocasiones y enviado sus anteriores proyectos y los fundamentos de su idea.

Es así cómo la Universidad Nacional del Litoral tuvo en este insigne maestro un vocero incansable que, desde el año 1909 ya soñaba con una de sus Facultades, la de Ingeniería, por la que bregó sin descanso con habilidad y talento, que por dos veces impidió que prosperara la idea de que dicho instituto no integrara la nueva Universidad y que al triunfar al fin, dió a los alumnos de su Escuela y a la juventud estudiosa, el más noble crisol de perfeccionamiento, a la ciudad de Rosario el recio yunque donde forjaría otra de las poderosas columnas de su economía; al litoral, un centro cercano de enseñanza técnica superior, y al país entero, una nueva ventana abierta, para que los argentinos y extranjeros contemplaran mejor las perspectivas de nuestra industria en marcha.

El nuevo edificio de la Escuela también le demandaría al Ing. Laporte años de acción tesonera y persistente.

El local de la calle 1° de Mayo 1059, que años atrás sirviera de cuartel al piquete del comandante Vásquez, no ofrecía las comodidades indispensables para el buen funcionamiento de una escuela de carácter técnico.

Fué tal el impulso que desde el primer momento dió Laporte a los talleres, laboratorios y gabinetes, que dicho local resultó insuficiente, no obstante los arreglos y ampliaciones que de inmediato hizo.

Al mismo tiempo que gestionaba la construcción del edificio propio, interesó al Poder Ejecutivo Nacional para obtener nuevas partidas, a fin de alquilar casas que permitieran el desplazamiento de las actividades docentes que se habían multiplicado en menos de dos años.

Hasta tanto se resolviera el arbitrio propuesto, el Ing. Laporte obtuvo que la Escuela Superior de Comercio facilitara varias aulas en las que se impartió la enseñanza teórica a los alumnos de primer año.

Posteriormente se alquiló el local de la calle Buenos Aires N° 1150/54 que al poco tiempo también resultó insuficiente, no obstante las ampliaciones efectuadas.

Tal falta de espacio la motivaba la instalación de la biblioteca y de nuevos gabinetes y laboratorios.

Dicha circunstancia, agregada a la inscripción siempre creciente de alumnos, determinó que se alquilara un nuevo local en la calle Laprida N° 947 y que los cursos se dictaran en dos turnos.

Sin embargo, para Laporte, estas eran simples medidas de emergencia.

A fin de obtener el provecho que señalaba la eficiente organización que había proyectado, era indispensable que la Escuela funcionara en un local construido especialmente para ella, de conformidad a lo que la técnica exigía para tales edificios.

Con un sentido cabal de la realidad y del futuro de la Escuela, desde el primer momento se preocupó de que el terreno fuera amplio.

Por tal motivo, no cedió hasta obtener que la Municipalidad de Rosario donara una manzana de terreno, superficie que Laporte estimaba como mínimo para proyectar una construcción adecuada, que contemplara la jerarquía que debía tener el edificio, la comodidad de los alumnos y el buen funcionamiento de los talleres, laboratorios, gabinetes, biblioteca y demás dependencias administrativas.

Después de seis años de innumerables gestiones, que dicen una vez más del tesón y firmeza de este gran luchador, el 25 de abril de 1915, logró que la Municipalidad escriturara a favor del Superior Gobierno de la Nación los terrenos comprendidos entre las calles Montevideo, Ayacucho, Colón y Avenida Pellegrini.

Superada esa etapa, Laporte debió empezar con otra más difícil aún: la construcción del edificio.

Recuérdese que deseaba darle la magnitud que reclamaba una Escuela técnica moderna y modelo, cuyos prestigios le habían sido reconocidos.

Si bien es cierto que contaba para ello con el ascendiente logrado en la población y en las esferas oficiales, la suma a invertir era un obstáculo casi insalvable para sus esperanzas.

Año tras año, con energía indomable iba venciendo resistencias.

A sus muchas virtudes unía la fuerza prodigiosa de la paciencia.

De nada quizás le hubieran valido su fibra y voluntad, si no hubiera fundado su decisión en esta fuerza interior que agiganta nuestro espíritu.

Ello le sirvió para erguirse donde otros se abaten, encontrar nuevas energías en las crecientes dificultades; esperar, no obstante la urgencia de la obra. Fortificó su fe, le ayudó a sufrir desazones y quizás impertinencias; le dió la serenidad necesaria para no enorgullecerse con los triunfos y olvidar las ingratitudes.

Fué la de Laporte la paciencia del monje, que piedra sobre piedra, va levantando su obra en la montaña.

En cuántas ocasiones debió gestionar ante los legisladores en el Congreso, la solución de un aspecto legal, sin cuyo pronunciamiento previo el Poder Ejecutivo no podía proseguir los trámites.

Otros seis años debía esperar hasta que la Municipalidad de Rosario diera posesión del terreno al Gobierno de la Nación.

Fué el 8 de noviembre de 1921, o sea 12 años después de haber iniciado una tarea que debió concretarse de inmediato, por las finalidades educacionales y técnicas que la inspiraban.

Hubo que reestructurar los planos primitivos porque el futuro edificio debía ser compartido con la Facultad de Ciencias Matemáticas.

Por eso, dándose cuenta que, a los pocos años la Escuela carcería de capacidad para dar cabida a la juventud que aspirara cursar en ella sus estudios, a poco de ser inaugurado el nuevo edificio, lanzó la idea de crear una segunda Escuela Industrial, a la que situaba en la zona norte de la ciudad.

Los que calificaron la idea de demasiado prematura, tuvieron a los pocos años que rendirse a la evidencia.

En 1935, y cuando aún no se había terminado, se comprendió que el edificio resultaría reducido para la Escuela y la Facultad, motivo por el cual hubo que ampliar nuevamente los planos.

Laporte desde 1930, con la misma visión que tuvo al organizar su escuela y al propugnar la fundación de la Facultad, vió que la solución adecuada era la fundación de la segunda Escuela Industrial.

Al iniciar los cursos de 1935 y comentar que la Escuela debió rechazar centenares de alumnos que aspiraban a seguir su curso, Laporte agregaba: "No hay capacidad en nuestros talleres ni en nuestros gabinetes para alojar tantos aspirantes a seguir los estudios técnicos de nuestra Escuela. Ni lo habría por buena voluntad que se tuviera, si se desea que la enseñanza sea efectivamente práctica a la par que teórica, es decir que rinda toda su eficacia. Una más vigorosa selección de los candidatos ha permitido reducir el número de admitidos, pero, como siempre, resultará insuficiente nuestra Escuela para alojar a todos los capaces, cabe como única solución la que venimos preconizando desde 1930: la creación de una segunda Escuela Industrial a instalar en ubicación adecuada en la ciudad, en el barrio Norte por ejemplo".

Posteriormente lo veríamos urgiendo la necesidad de más escuelas industriales, cuando al declararse la segunda guerra europea pronosticó la escasez de potencial humano para nuestra industria.

Cuesta comprender como hombres de inteligencia tan clara y penetrante, que ya habían dado prueba de una ajustada visión de los acontecimientos, tuvieran que luchar para hacer entender a sus

contemporáneos los beneficios de tomar a su debido tiempo ciertas decisiones, pues el aplazamiento lejos de aportar una mayor madurez de juicio originaba los inconvenientes propios de las determinaciones tardías.

Bien se comparó una vez esa implacable voluntad de Laporte para alcanzar sus patrióticos propósitos, con la desolada y magnífica parábola de José Enrique Rodó:

“Era —nos dice Rodó— una inmensa pampa de granito; su color, gris; en su llaneza, ni una arruga; triste y desierta; triste y fría; bajo un cielo de indiferencia, bajo un cielo de plomo.

Y sobre la pampa estaba un viejo gigantesco de pie, erguido como un árbol desnudo. Y eran fríos los ojos de aquel hombre, como aquella pampa y aquel cielo; su nariz tajante y dura como una segur; y sus músculos recios como la misma pampa de granito y sus labios no abultaban más que el filo de una espada. Y junto al viejo había tres niños ateridos, flacos, miserables, tres pobres niños que temblaban, junto al viejo indiferente e imperioso, como el genio de aquella pampa de granito. El viejo tenía en la palma de su mano una simiente menuda.

En su otra mano, el índice extendido parecía oprimir el vacío como en cosa de bronce. Y he aquí que tomó por el flojo pescuezo a uno de los niños y le mostró en la palma de la mano la simiente y con voz comparable al silbo helado de una ráfaga le dijo: Abre un hueco para esta simiente.

Padre —replicó el niño, cómo podré hacerlo si el suelo es raso y duro?— Muérdelo, contestó el viejo y levantó un pie y lo colocó sobre el pescuezo lánguido del niño. Y pasó mucho, mucho tiempo en que el pobre niño estuvo royendo la roca, hasta que habiendo llegado a hacer un hueco de profundidad suficiente, “el viejo levantó la planta opresora y quien hubiera estado allí —dice— hubiese visto entonces una cosa aún más triste, y es que el niño, sin haber dejado de serlo, tenía la cabeza blanca de canas; y apartólo el viejo, con el pie, y levantó al segundo niño, que había mirado temblando todo aquello. “Junta tierra para la simiente, le dijo. “Padre, preguntóle el cuitado, en donde hay tierra? “La hay en el

viento, recógela, repuso, y con el pulgar y el índice abrió las mandíbulas miserables del niño y le tuvo así contra la dirección del viento que soplabá”, y en la lengua y en las fauces jadeantes se reunía el flotante polvo del viento que luego el niño vomitaba, como limo precario; y pasó mucho tiempo, mucho tiempo, y ni impaciencia, ni anhelo, ni piedad, mostraba el viejo indiferente e inmutable sobre la pampa de granito”. Y así estuvo hasta que el hueco fué colmado, sin ver que la infantil cabeza había encanecido, y tomando al tercer niño, le dijo: Riega esa simiente, y como éste preguntase dónde hay agua, replicó: “En tus ojos: llora” y torciendo las débiles manos del niño, éste lloró, lloró mucho tiempo hasta que la simiente asomó en la tierra, y luego aparecieron las primeras hojuelas y el árbol fué desarrollándose, hasta descollar sobre la pampa más alto que el viejo indiferente. Y cuando el árbol dió frutos, tendieron los niños sus manos para recogerlos, pero el viejo arrancando una simiente, fué más lejos y tomando otra vez al primer niño obligóle a roer nuevamente, el suelo raso y duro de la pampa”.

“Y bien: esa inmensa pampa fría y triste es la vida; y ese espectro inmutable, terrible, capaz de horadar la roca, es la voluntad; y esos niños ateridos, escuálidos, son nuestras propias entrañas, es nuestro ser, que al conjuro de una voluntad indomable, logra el propósito perseguido aún a costa de los más ingentes sacrificios.

Y si fué acertado encontrar en la descripción de aquel gran maestro de la parábola, la poderosa fuerza de voluntad que presidió la acción del recio luchador que fué Laporte, no debemos olvidar como la esperanza, sin medir el tiempo, lo impulsaba incesantemente hacia el porvenir, como el nervio de esa voluntad tenaz, fué el bienestar de sus semejantes y como la patria y la juventud le dieron bríos para sostener una porfía que aflojaba el temple y derumbaba el ánimo.

Era tan eficiente y de tan altas proyecciones la labor que cumplía nuestra Escuela Industrial, que la prensa le dedicó en diversas oportunidades elogiosos comentarios. No sólo se la tenía por uno

de los institutos modelos del país, sino también por uno de los establecimientos educacionales que habían logrado colocarse al mismo nivel que los mejores de Europa. Si unimos estos comentarios a las palabras que con toda justicia mereció Laporte, en el sentido que se podía afirmar que la historia de la Escuela se confundía con las actividades preponderantes "de la vida de su director" de tal modo que resultaba difícil "pretender aislarlos en el análisis de su evolución"; que generaciones del mañana habían de detenerse en algún momento de su vida para juzgar el mérito de la colaboración de los que trabajaron empeñosamente en favor de la elevación intelectual, moral y material de esta ciudad, y que en oportunidad solemne recordarían el nombre de Laporte, lo aplaudirían y con justicia lo indicarían para bautizar con él a la escuela que es la magnífica y calificada obra, concreción luminosa de su inestimable colaboración"; de que Laporte "representó" y aún representa espiritualmente toda la Escuela Industrial", llegaremos al convencimiento de que esa realidad admirable no sólo era el fruto del dinamismo de su organizador y conductor, de la lealtad y espíritu de sacrificio de sus colaboradores, sino que una llama inextinguible la animaba, que en ella estaba presente ese "incansable animador de conciencias: el Maestro".

Y era así realmente. Laporte fué y será el maestro por autonomasia.

Trató siempre hacer de cada alumno un discípulo, enseñando y educándole al mismo tiempo, impartándole los conocimientos de la especialidad sin descuidar la formación de su carácter, la elevación de su moral, el purismo de su lenguaje.

Si bien es cierto que pueda parecer cómodo repetir lo mismo todos los años, Laporte entendía que en materia de enseñanza técnica, cristalizarse es retroceder.

Como maestro auténtico estudiaba y aprendía siempre, para vibrar al unísono con el progreso de la ciencia, con los requerimientos de la enseñanza y con las exigencias del país.

Su cátedra reflejaba los últimos adelantos de la especialidad. De singular erudición, no le faltó tiempo para escribir su obra

“Curso Elemental de Estática Gráfica”, obra que no sólo facilitó la enseñanza de la materia a los alumnos de las Escuelas Industriales, sino que sirvió de guía a otros estudiosos, mereciendo juicios favorables en el país y en el extranjero, y de la que aún se continúan efectuando ediciones.

Igual trascendencia tuvo su obra “Resistencia de Materiales”.

Carácter disciplinado, conocedor de como rinde la unidad en la acción, trataba siempre que hubiera identidad de criterio y de propósitos entre la Dirección de la Escuela y el profesorado de la misma.

A este último no sólo lo exhortaba a dictar con fervor docente la asignatura a su cargo, sino que le pedía también “que durante sus enseñanzas no omitan aprovechar cuanta ocasión se les ofrezca para fortalecer en los alumnos el conocimiento de nuestro idioma y de nuestro país y para desarrollar en ellos, a la par de los conocimientos cuya difusión se les confía, sentimientos patrióticos, sólidas reglas de ética personal, colectiva y profesional, principios de urbanidad y las normas generosas de asistencia social que reunidas y practicadas con sinceridad permiten el buen trato con los demás, la buena y fácil convivencia humana. La casi nula figuración de tales reglas, normas y principios en los programas de enseñanza primaria y secundaria producen a juicio de muchos y a mi juicio también la declinación de muchos factores morales en la sociedad actual y nos impone a todos los profesores, sin excepción, la obligación de recordarlos y practicarlos para mejor ejemplo”.

No perdía oportunidad para situar al educando en el futuro campo de sus actividades.

De ahí que, entre otras, acostumbraba hacer reflexiones encaminadas a mejorar las relaciones personales existentes en la industria.

Enseñó que era indispensable que el obrero se encuentre debidamente compenetrado del trabajo a realizar por insignificante que fuera. Mediante ello, un trato correcto y un jornal remunera-

dor, ese obrero se hallaría cómodo y se esmeraría por conservar su puesto, lo cual beneficiaría la producción.

Insistía que era indispensable buscar los factores desagradables, para eliminar las causas que los producían.

Cuando hablaba de seleccionar los obreros de acuerdo con sus aptitudes y gustos para cada tarea, agregaba que, para designar capataces había que tener en cuenta, aparte de su idoneidad, sus condiciones de carácter y su conducta; que fueran individuos capaces de evitar asperezas en vez de provocarlas.

Mandaba y enseñaba cómo se debía mandar. Su finalidad era prevenir el divorcio entre esas dos poderosas fuerzas de la industria: el capital y el trabajo, destacando los beneficios de la mutua cooperación.

Y, por sobre todo ello, algo que ennoblecía la función de su alto ministerio: dignificando la mano de obra, dignificaba también al hombre.

Deseando, como ya lo hemos dicho, que el alumno viviera en lo posible, el verdadero ambiente fabril, elaboró planes y solicitó continuamente recursos que permitieran “dar a la enseñanza práctica que se imparte en los talleres, todo el carácter eminentemente industrial que debe caracterizarla, carácter que será muy difícil alcanzar si no se da a aquellos una organización administrativa y económica que se aproxime lo mayormente posible a la de la industria privada”.

No habiendo podido conseguir que se llevara a la práctica tan hermoso proyecto, buscó el arbitrio de las excursiones de estudio, las visitas a usinas, fábricas, talleres y obras. Mediante monografías que luego presentaban los alumnos, comprobaba hasta qué punto habían podido apreciar los métodos industriales, la tecnología del producto y las condiciones que debían prevalecer en la industria objeto de estudio. Sabía, como es lógico, que la empresa sometería al egresado a pruebas para conocer cómo desarrollaba en la práctica de la verdadera fabricación los conocimientos adquiridos en el aula y en el taller de la Escuela. Por eso se afa-

naba en advertirles, para que el desaliento no cundiera ante los primeros fracasos. A propósito solía decir, que en ocasiones se le dirigía esta pregunta que lo inquietaba: “¿Por qué algunos de nuestros egresados no alcanzan en talleres, en empresas, en administraciones, el puesto a que aspiran por creer tener derecho al mismo?”.

“A mi juicio la contestación es fácil: Hay, en muchos ex-alumnos, impaciencia por llegar, afán de alcanzar rápidamente los primeros puestos y falta de espíritu de aventura y de empresa; cosas que la Escuela no puede, desgraciadamente, modificar. Moderación en las aspiraciones permitirá escalar poco a poco los cargos más importantes, como ya ha sucedido con varios egresados, pues la industria privada o pública es siempre contraria a confiar la dirección de intereses más o menos valiosos a quienes no hayan demostrado, por su actuación dentro de ella misma, las aptitudes favorables requeridas. El espíritu de empresa los conducirá a desafiar los riesgos de toda iniciación, a no temer prestar servicios en cualquier punto de la República en que ellos sean solicitados, dedicándose así por entero al ejercicio, por cuenta propia o ajena, de los conocimientos adquiridos, en el que seguramente progresarán, logrando el éxito deseado, en vez de vegetar, como suelen hacerlo muchos, en empleos de menor cuantía”.

En “cualquier punto de la República”, como lo había hecho él, triunfando siempre.

“Espíritu de empresa” el que siempre tuvo y con el que animó su descollante actuación.

Junto con el técnico, formaba al hombre, al promotor, al estadista.

Su actividad, su diligencia, eran incompatibles con la vida inerte que supone el vegetar.

Se empeñaba en salvar el futuro que encierra la juventud, estimulándola para la acción.

Quería verla espontánea, alegre, ambiciosa del éxito, fuerte

para la vida.

Actuando con sentido social le enseñó los beneficios de la cooperación, pero no solamente con palabras —que era muy parco en ellas— sino con actos que fueron comentados como otra lección de lo que puede el espíritu de iniciativa cuando se pone al servicio de la comunidad: los talleres de la Escuela estarían a disposición del país.

Fué así cómo sus alumnos y su personal construyeron telares para escuelas, entre ellas de Tucumán y Mendoza, bancos y útiles para numerosos establecimientos; sus laboratorios hacían ensayos que le requerían reparticiones públicas y empresas particulares; su gabinete de Ensayos de Materiales —único en Rosario— efectuaba las experiencias que le solicitaban.

Cómo sería de moderno y completo el gimnasio que instaló para que se recrearan los alumnos y el personal en los momentos de solaz, que el Regimiento 11 de Infantería hacía uso del mismo para sus conscriptos.

Las canchas de tennis construídas por los mismos estudiantes, las delegaciones que enviaba para competir en los torneos propios de la juventud, son testimonio de que el Maestro cultivaba integralmente esa materia prima magnífica.

Por lo breves y elocuentes, elegimos estas palabras entre las que se pronunciaron en ocasiones diversas para distinguir este aspecto de su impulso creador:

“Ingeniero Laporte: trofeos y diplomas conquistados en justas honrosas, forman el acervo de blasones nobilísimos que aureola vuestra Escuela Industrial, y ella misma conereta luminosamente vuestra exitosa actuación en pro del perfeccionamiento de la juventud del pueblo de esta ciudad; actuación y obra brillante, que os perfilan dignísimo hijo de Rosario.”

No se le pasó por alto al gran educador que la solidaridad eleva los sentimientos, enaltece la labor y pone alegría en el trabajo. De ahí que celebrara con ágape de afectos los acontecimientos destacados que vivía la Escuela reuniendo a todo el personal,

sin distinción de jerarquías, creando así lazos de unión y estrechando vínculos entre los miembros del mismo cuerpo.

Por todas estas dignas cualidades se le quería. Y la juventud que es insobornable, le hizo llegar su palabra clara y agradecida.

Ya con fecha 12 de octubre de 1911, los alumnos de la Escuela le dirigieron la siguiente nota:

“Los alumnos de la Escuela que Ud. dirige, beneficiados por su negativa de ocupar el puesto de Director del Departamento de Obras Públicas de la Municipalidad del Rosario, ofrecido por el Sr. Intendente Cor. Felipe Goulú, envían al Sr. Director esta nota de sincero agradecimiento.”

Cuánto sugieren sobre la obra del Maestro esas breves y sencillas palabras!

El 21 de julio de 1913 con motivo de la fundación del Centro de Estudiantes de la Escuela, la Comisión Directiva del mismo le hace llegar una conceptuosa nota para comunicarle que ha resuelto nombrarle Presidente Honorario, y agrega: “Los estudiantes de la Escuela Industrial de la Nación reconociendo sus relevantes dotes intelectuales y su aprecio siempre evidenciado para con ellos, quieren pagar aunque sea en ínfima parte la deuda a que es acreedor por sus afanes en pro de su educación, acercándolo más a su seno, para hacerle partícipe de lo más hermoso con que cuentan sus entusiasmos juveniles. Sírvasse pues aceptar este pequeño homenaje con el cual deseamos incorporar a nuestra novel asociación, un amigo y un digno intérprete de nuestros nobles sentimientos.”

En el transcurso de su actuación continuará recibiendo expresiones de cariño y de reconocimiento, hasta culminar con la grandiosa demostración que le tributaron especialmente sus ex-alumnos cuando se retiró de las actividades docentes.

En esa oportunidad generaciones agradecidas hicieron un alto en el camino para rendir al maestro el homenaje de su gratitud.

Y si los frutos de la Institución estaban ahí en ese conjunto de profesionales que se desempeñaban con creciente éxito en el

campo de sus actividades, no era menos cierto que la fiesta, al traer reminiscencias del aula, vivía sus mismos anhelos, los principios de superación inculcados por el maestro en un afán de constante perfeccionamiento, para que la obra que amorosamente confió a la inteligencia y sabiduría de sus discípulos fuera escuela de nuevas y prometedoras inquietudes, para que siempre cada generación pudiera decir a la siguiente "Id y sembrad en todas partes".

Un maestro de tan sobresalientes condiciones no podía sustraerse a la docencia universitaria, ni a sus altos cargos directivos.

Previo concurso, el 12 de mayo de 1923 se le designa profesor titular de la cátedra de "Construcciones de Mampostería del Vº año de estudios de la Facultad de Ciencias Matemáticas de la Universidad Nacional del Litoral.

El 18 de abril de 1927 el Consejo Directivo de dicha Facultad, lo elige Decano de la misma.

Siendo miembro del Consejo Superior de la Universidad Nacional del Litoral, el mismo lo nombra con fecha 6 de septiembre de 1927, Interventor de la Facultad de Agricultura, Ganadería e Industria, llevando a cabo su cometido con tanta habilidad y buen sentido que a los 24 días de una labor serena y constructiva volvió a la normalidad a dicha Facultad, dejando constituido el nuevo Consejo Directivo y elegidas sus nuevas autoridades.

Al informar sobre la misión cumplida expresó que trató de abreviar todos los trámites y que creyó conveniente hacerlo así en homenaje a la idea de autonomía de la Facultad, respetando el sentimiento general expresado por el Consejo Superior, sentimiento que expuso verbalmente entre profesores y consejeros de la Facultad de Corrientes, haciéndoles notar que era deseo unánime de aquel cuerpo que las Facultades puedan desarrollarse y funcionar regularmente por acción única de sus autoridades y de sus profesores.

El 28 de Abril de 1928 el Consejo Superior lo elige para el cargo de Vice-Rector de la Universidad.

El 13 de Enero de 1934 la Intervención Nacional en la Universidad del Litoral, lo designa como Delegado en la Facultad de Ciencias Matemáticas, donde cumplió una labor ponderable que mereció el aplauso del personal de todas las jerarquías. Al término de sus tareas el personal administrativo de la Facultad lo obsequió con una medalla de oro como testimonio de admiración y afecto conquistado durante su actuación como Decano primero y más tarde como Delegado Interventor.

Su vasta ilustración y los sólidos conocimientos que poseía en materias de su especialidad, lo señalaron para ocupar representaciones ante diversos congresos y para efectuar estudios en el extranjero.

Fué miembro del Congreso Científico Internacional Americano celebrado en Buenos Aires en el año 1910.

La Facultad de Ciencias Matemáticas, en Agosto de 1925, lo designó Delegado de la misma al Tercer Congreso Universitario anual de la Universidad de La Plata a realizarse en la ciudad de Córdoba.

Con motivo de su viaje a Europa en 1931, la citada Facultad lo designó su representante ante los Institutos Universitarios y Secundarios públicos y privados que visitara a efectos de estudiar su organización y funcionamiento.

Como representante del profesorado de la Universidad Nacional del Litoral, integró el Congreso Universitario Argentino, realizado en Buenos Aires, en Noviembre de 1936.

Además, la Facultad de Ciencias Matemáticas lo designó Delegado de la misma al Primer Congreso Panamericano de la Vivienda Popular celebrado en Buenos Aires en el mes de Octubre de 1939.

En todas esas misiones tuvo una actuación destacada colaborando con el cariño, eficiencia, erudición y empeño que ponía en sus propias obras.

Y si sus opiniones fueron aceptadas era porque siempre sustentaba ideas de carácter práctico y realizables.

En sus declaraciones no sólo contemplaba lo inmediato, sino también lo mediato y de ahí que sus palabras tuvieran el significado profundo de los pensamientos que toman la experiencia del pasado, ahondan en el presente y se proyectan en el porvenir.

Así, por ejemplo, para el Primer Congreso Panamericano de la Vivienda Popular tenía estudios realizados anteriores al año 1920, año en que el Poder Ejecutivo de la Provincia de Santa Fe, lo incluyó en la Junta Provincial de Fomento de Casas Baratas creada por Decreto del 4 de Junio de 1920.

En diversas publicaciones trató el tema en forma tan precisa y pronosticando los inconvenientes que se presentarían en el futuro, que hoy, a más de treinta años, podemos reconocer cómo tuvo una apreciación certera de tan complejo problema y que, si se hubieran adoptado las soluciones que en ese entonces proponía, no tendríamos actualmente tan agravada, quizás, la palpitante cuestión de la falta y carestía de la vivienda.

En el año 1923 insistió mediante la publicación del estudio: "El problema de la Habitación", en la necesidad de que los poderes públicos consideraran con urgencia el proyecto de ley elevado por la Comisión de la cual fué miembro.

La lectura del mismo nos permite apreciar, además, su honda preocupación por el aspecto social del problema; por la "crisis de viviendas al alcance del trabajador modesto, producida por el aumento considerable de la población de esta ciudad y por la paralización de la construcción de casas individuales para obreros y empleados, como consecuencia del precio alcanzado por la tierra edificable, por los materiales de construcción y mano de obra y por la existencia de restricciones reglamentarias, sin fundamentos sólidos y perjudiciales".

"Que tal crisis obliga ya a la vida de hacinamiento, con todos sus derivados fatales, en albergues inapropiados y plantea el problema grave y serio de la habitación; que es la habitación higiénica, cómoda y barata el medio esencial para el mejoramiento material y moral de la gente humilde, trabajadora y honrada y el más eficaz para combatir la tuberculosis y el alcoholismo y que

“ el hogar propio es una de las bases fundamentales del orden y
“ bienestar sociales, así como de la estabilidad de las instituciones
“ democráticas.”

Tales conceptos contenidos en un proyecto de declaración que elevó conjuntamente con el Ing. José S. Cardarelli, para ser presentado por el Congreso Provincial del Trabajo, revelan la nobleza de sus sentimientos y cómo le tomaba horas al descanso merecido, por sus abrumadoras tareas habituales, para dedicarlas a la defensa del progreso de la ciudad y del bienestar de sus semejantes.

Desde luego que la llama generosa de lo que él entendía como un deber social alumbró su cuna, le guió en todos los dictados de su corazón, y lejos de extinguirse con su muerte adquirió el fulgor eterno de las vidas que son ejemplo para el resto de las generaciones.

Rosario lo contó desde el primer momento entre quienes brindaban su colaboración amplia y desinteresada en favor de sus humildes y menesterosos. Socio de numerosas instituciones de beneficencia, ya en 1910 proyectó y dirigió la obra que hizo construir la Sociedad Protectora de la Infancia Desvalida, y cuando se intentó abonársele los honorarios que le correspondían, de inmediato renunció a los mismos, expresando que por el contrario, agradecía la oportunidad que se le había dado para estar junto y hacer algo por el niño desvalido.

Por tal motivo esa otra gran educadora rosarina, doña Juana E. Blanco, fundadora de tan benemérita institución, le dirigió el 8 de octubre de 1911 una conceptuosa nota, en la que le decía que, en nombre de la Junta de Gobierno “y muy especialmente en el “ mío propio, agradezco la acción profícua que pone Ud. al servicio de nuestros propósitos. Cooperación muy digna de un espíritu altruísta, que le hacen un factor indispensable en esta obra “ social”.

Renunciaba a los honorarios técnicos de su profesión, quien había constituido su propio hogar y cuyos recursos eran sus sueldos de docente.

No buscaba por cierto, el homenaje que luego se le tributaría,

ni la medalla recordatoria que le ofrendó la institución, en su nombre y en el de los pequeños huérfanos.

Era el desinterés propio de un hombre de bien, del que tiende la mano fuerte, generosa y amplia, para ayudar a incorporarse al hermano que la necesita.

Con el mismo desinterés colaboró en las obras de reformas y ampliación del Hospital de Caridad y, al fallecimiento del Ing. Juan de la Cruz Puig, el Consejo Directivo lo designa para sustituirlo, siendo bajo su dirección que se ejecutaron las obras que faltaban del proyecto primitivo, y algunas obras complementarias impuestas por las citadas reformas.

Rosario conoce su obra generosa porque la prensa lo destacó en más de una oportunidad.

Fué Laporte para nosotros el buen vecino, el ciudadano que despierta espontánea simpatía por su espíritu de colaboración.

Fué socio, y socio fundador de instituciones de toda índole y de arraigo en nuestro ambiente, llamándosele a ocupar cargos directivos y no faltando nunca su nombre en las obras donde se requería un técnico de su especialidad.

De cómo era sensible a esa colaboración, la tenemos en actitudes tales como la de pertenecer al Automóvil Club Argentino, no teniendo él ni su familia automóvil.

La hacía por ese espíritu del buen vecino, de que ya hemos hablado; porque entendía que si todos aportáramos algo a las obras en que el pueblo afirma su bienestar, aunque individualmente no podamos esperar nada de esas obras, la humanidad se elevaría libre de egoísmos por la senda de los bienes supremos, como lo quieren los buenos y los justos.

Por esa modalidad tan suya, era querido en todos los círculos, y ese afecto se tradujo en homenajes que muchos recordamos, en que hemos estado presentes, y donde se le designó socio Honorario o socio Benemérito.

No ambicionó ni aceptó, como ya hemos visto, cargos de ca-

rácter político.

Tal vez por sus condiciones sobresalientes, su sólida formación intelectual, por el ascendiente que ejercía, la persuasión de su palabra y la acción proselitista que pudo realizar, hubiera ocupado posiciones políticas descollantes. Pero prefirió permanecer ajeno a ellas, para dedicarse íntegramente a las actividades que reseñamos.

¶Sin haber nacido en ella fué, sin embargo, un hijo dilecto de nuestra ciudad, que veía cómo se afanaba en brindarle sus energías y cómo se hallaba atento a la defensa de su progreso.

Lo vió animador y entusiasta en sus fiestas del trabajo, allí donde el hombre rinde cuenta de su esfuerzo en pro del mejoramiento económico e industrial del país.

Desde 1910 en que fué Presidente de la Comisión Regional del Rosario en la Exposición Industrial del Centenario, Laporte actuó, durante más de veinticinco años como jurado en las Exposiciones Anuales con que Rosario celebra un ciclo de actividad y ofrece el exponente de lo que se logra con acendrada fe y renovadas esperanzas.

Lo vió en todas las oportunidades en que al defender su puerto, defendía el Litoral argentino y la riqueza de la Nación. Fué cuando Laporte, conociendo lo que significaba el libre acceso a los puertos del Litoral de buques modernos y de gran calado, se ocupaba de tales iniciativas, ajustando los argumentos a la realidad de las cosas; proponiendo que se efectuaran gestiones ante los poderes públicos y se interesara a los legisladores representantes de las provincias a las cuales beneficiarían las obras de mayor profundización del Paraná, y de su acceso desde aguas hondas del Plata.

Lo vió también dando su opinión clara y precisa sobre la conveniencia de la adquisición del ferrocarril Central Córdoba, exponiéndola en el reportaje que al efecto le hiciera el diario La Capital, y que publicó en la edición del 8 de Enero de 1937.

Al respecto y entre otras razones, Laporte decía: "Llama la atención que los comentaristas de la operación propuesta ahora por el gobierno, hayan olvidado mencionar la importancia que,

“ para el sistema ferroviario del Estado representa su acceso directo a un puerto de la importancia de Rosario, que detenta el título de primer puerto exportador del mundo, título que sólo se discute con Montreal.

“El puerto de Rosario dispone en todas sus partes de vías de tres rieles para el servicio indistinto de trenes de trocha angosta o de trocha ancha, lo que le permite su acceso a todos los vagones del F.C.C.C. y del Estado en su zona del Norte y central de la República. La adquisición del F.C.C.C. y su incorporación a las líneas del Estado, permitirá además, a los habitantes de Buenos Aires y Rosario trasladarse con mayor comodidad a una cantidad de capitales y lugares de provincia a los que no pueden llegar hoy sin trasbordos siempre molestos.

“La prolongación de las líneas del Estado propuesta por algunos en otras ocasiones, entrañaba el lamentable error de dejar de lado un centro comercial como Rosario, poderoso emporio de actividades comerciales e industriales que aporta a las líneas que a él convergen un movimiento total de entrada y salida de carga sensiblemente igual a la de Buenos Aires.”

Y luego con visión patriótica y buscando la independencia económica del país, agregaba: “La solución propuesta tiene también la enorme ventaja de nacionalizar unos dos mil kilómetros de vía, incorporando poco a poco en proporción al pago de las obligaciones que se contraigan, el valor de las mismas al acervo del Estado Nacional, disminuyendo en consecuencia los pagos al extranjero por servicios de intereses, etc.”

Y lo vió también Rosario preocuparse por zonas lejanas de la Patria. Ya no era el Litoral, ni el centro, ni el norte de la República. Los territorios del Sur tuvieron igualmente en Laporte al amigo que se interesa por su prosperidad.

En febrero de 1928, “La Nueva Era” —órgano defensor de los intereses generales del Río Negro y Patagones— destacó su apoyo por la terminación de las obras ferroviarias hasta Bariloche. No sólo se limitó a gestiones directas ante los Ministerios, sino que en

extenso reportaje, cuya publicación efectuó "La Capital" en diversos números del mes de marzo de 1928, describió esas regiones, haciendo reflexiones útiles para su más rápido adelanto dado la enorme riqueza de su suelo, y vaticinando, con esa convicción que ahora nos confirma cuan acertado era en su apreciaciones, que el ferrocarril y los caminos abrirían hacia el Sur argentino la más hermosa puerta por la cual el turismo nacional y extranjero pasaría en caravanas insospechadas para contemplar las bellezas naturales de aquellos sitios privilegiados, y con lo cual se obtendrían nuevas fuentes de ingresos para la Nación.

Observador sagaz, expuso entonces la necesidad de reforzar los destacamentos policiales en esos territorios para evitar que patrullas armadas extranjeras tuvieran necesidad de internarse en los mismos —como pudo comprobarlo— para el apresamiento de delinquentes. Se preguntaba si la libre circulación de esas patrullas en regiones fronterizas en que predominan ciudadanos del mismo país, no representaba una acción hasta cierto punto contradictoria con la argentinización que realizaba nuestra escuela en esos mismos lugares.

Y si algo más quisiéramos pedir a Laporte; exigirle a su actividad, a su talento y a su patriotismo; algo que conmueva nuestras fibras más íntimas y nuestros pensamientos más puros de libertad; algo que ponga emoción en nuestra voz y exaltación en nuestros pechos, y que nos sintamos hijos dignos de Mayo y de Julio, veámosle, como lo vió Rosario y la República entera, a la vanguardia de esa cruzada que dos siglos contemplaron y cuya suprema ambición era el altar adonde llegarían las peregrinaciones de argentinos y extranjeros para rendir homenaje a nuestro pabellón.

Miembro en el año 1923, de la Comisión Popular Pro Monumento a la Bandera, idea que se agitaba desde el año 1872, tuvo Laporte la satisfacción de que el destino lo señalara para que interviniera en la culminación de una empresa que se esforzaba por elevar hacia los cielos de la Patria la obra imponente y majestuosa que no pudiera ser nunca superada; porque simbolizaría nuestra bandera que era decir la Argentina, surgiendo gloriosa y marchando invicta, ama-

da por todos los pueblos de la tierra que se han detenido para escuchar su himno a la libertad, a la paz y a la justicia.

En la oportunidad en que se concretó la erección del monumento —22 de septiembre de 1940—, el Ing. Laporte integraba la Comisión como representante del Ministerio del Interior, siendo uno de los jurados del fallo definitivo.

Por fin se alzaría el altar magnífico. Tendría a su frente “La carabela ideal; surcando ágil océanos de América; rumbo a la Atlántida, puerto y estrella; y al bauprés, victoriosa, la Patria abanderada”.

En rápidas y apuradas líneas hemos trazado estos breves apuntes biográficos del Ing. Luis B. Laporte.

No hemos tratado de ahondar en su espíritu ni en su descolante actuación por entender que ellos bastan y sobran como antecedentes para quienes tienen el deber de perpetuar su memoria.

Además, el tiempo no sólo nos ayudará a serenar nuestros ánimos turbados por su desaparición, sino que nos mostrará su ilustre figura en el aspecto integral y con la amplitud que tal vez ahora no podríamos describir.

La Facultad de Ciencias Matemáticas apenas retirado, en el año 1940, pudo decirle que por unanimidad de votos de los señores consejeros y delegados estudiantiles lo había designado Profesor Honorario de la misma, con carácter vitalicio, deseando con ello “rendir justiciero homenaje a quien tanto se preocupó por el progreso de la Facultad y su Escuela Industrial anexa, y que por su destacada labor directiva, docente y científica supo hacerse acreedor a la consideración y respeto de todas aquellas personas que en una u otra forma siguen de cerca la evolución de los establecimientos de enseñanza del país”.

Las instituciones y los amigos pudieron testimoniarle en diversas formas el respeto, la simpatía y la admiración que despertó en sus conciudadanos por la trascendencia de sus obras.

Sus discípulos pudieron llegar a toda hora hasta el retiro de su ancianidad fecunda para seguir abrevando en la fuente generosa del Maestro. Y todos, después, en una caravana abatida por el duelo y la congoja, sentir, como al conjuro del panegírico que rendía su homenaje, los corazones se elevaban, porque siempre estaría presente en el ejemplo, en las palabras y en la acción, su inconfundible personalidad rectora.

Nosotros sólo podemos decir que la gratitud y la justicia inspiró a los que solicitan que se honre y perpetúe la memoria del que fué y es paradigma por sus virtudes y que generosamente se dió por entero a nuestra ciudad, a la Patria y a sus semejantes.

Rosario, 21 de julio de 1951.

E. Osvaldo Fonso

BIBLIOTECA DE LA FACULTAD
DE CIENCIAS MATEMÁTICAS, ETC.
ROSARIO

